Cadenas aun vestidas de seda:

Producción de significados y masculinidades en los relatos biográficos de dos sargentos mayores de la Infantería de Marina de Colombia (1983-2015)

Adrián Montoya Amado

Cadenas aun vestidas de seda:

Producción de significados y masculinidades en los relatos biográficos de dos sargentos mayores de la Infantería de Marina de Colombia (1983-2015)

Adrián Montoya Amado

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magíster en Estudios Culturales

Directora:
Marta Zambrano, PhD

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Maestría en Estudios Culturales

Bogotá

2024

Agradecimientos

A Lula, lumbrera de amor en la tempestad.

A mamá y papá, por sus amores, por compartirme mercado y girarme algunos pesos en mi batalla permanente por llegar a fin de mes.

A las compañeras de la Universidad Nacional por sus lecturas y sonrisas.

A la profesora Marta Zambrano, magnífica lectora. Sus exigencias iluminaron la construcción del texto, con sus cientos de comentarios cálidos y retadores.

A los protagonistas del texto por su afecto y confianza.

Resumen

A partir de un abordaje etnográfico con dos sargentos mayores en retiro de la Infantería de Marina de Colombia, este trabajo analiza la manera en que me narraron su vida en la Armada desde su lugar de referencia como sujetos masculinizados y militarizados. Argumento que los significados que circulan en sus narraciones biográficas son fruto de un régimen de producción masculino propio del campo institucional militar. A la vez, este trabajo enlaza a las posiciones militares, también la de sus familias (hijos y esposa) mediante un ejercicio autoetnográfico que retrata mi experiencia personal en las instituciones militares mientras mi padre, uno de los sargentos, desarrollaba su carrera. Este trabajo problematiza los contextos de producción de los significados en la trayectoria de estos hombres en la Armada, indaga sobre actividades pedagógicas de la institución y algunas acciones bélicas, así como relaciones interpersonales que ocurrirían en instalaciones militares durante las trayectorias vitales y profesionales de estos sujetos.

Palabras clave: masculinidad, masculinidad militarizada, Armada de Colombia, etnografía, autoetnografía.

Abstract

Title: Chains still dressed in silk: Production of meanings and masculinities in the biographical narratives of two sergeant majors of the Colombian Navy (1983-2015).

Based on an ethnographic approach with two retired sergeants major from the Colombian Navy, this work analyzes the way they narrated their lives in the Navy from their position of reference as masculinized and militarized subjects. I argue that the meanings that circulate in their biographical narratives are the result of a masculine production regime characteristic of the military institutional field. At the same time, this work links the military positions to those of their families (sons and wife), through an autoethnographic exercise that portrays my personal experience in military institutions while my father, one of the sergeants, developed his career. This work problematizes the contexts of production of meanings in the trajectory of these men in the Navy, investigates the institution's pedagogical activities and some war actions, as well as interpersonal relationships that would occur in military facilities during the vital and professional trajectories of these subjects.

Keywords: masculinity, militarized masculinity, Colombian Navy, ethnography, autoethnography.

CONTENIDO

Introducción **8**
1. De la institución militar y algunas claves para su estudio **21**
La forja del pasado 23
Infantería de Marina 26
Estudios para dialogar con el campo militar 28
2. La nación camuflada **33**
El camino a Coveñas 33
Infante de Marina: “arma lista y decidida” 38
La guerra: fetiche y tragedia 46
3. Otredad en lentes camuflados **55**
4. Tras la bruma nosotras: familias militares **62**
De la vida en un batallón 63
Silencio insoportable 70
Conclusiones **81**
Referencias empíricas y bibliográficas **85**

Lista de figuras

1. Café cultivado por la familia de Nardo 34
2. Nardo cuando era Cabo 45
3. Nardo recibiendo una condecoración de la cúpula militar 54
4. Soldados como tigres en desfile folclórico e indígenas a sus espaldas 58
5. “Muro de honor” de Narciso 61
6. Bautizo de los hijos de Narciso 67
7. Nuestra familia en Buenaventura 78

Introducción

Este trabajo analiza los significados sobre sí, los otros y las acciones militares que circulan en los relatos biográficos que resultaron de mi interacción con Nardo y Narciso, dos sargentos mayores en retiro de la Infantería de Marina de Colombia, a quienes he cambiado el nombre para preservar la confidencialidad. Nardo desarrolló una carrera militar de veintisiete años de 1983 a 2010 y Narciso estuvo adscrito por veintiocho años entre 1987 y 2015. Me intereso por los significados desde el lugar que estos sujetos ocupan en la jerarquía de la institución, así como en las estructuras sociales y de género del país, y sobre las otredades circundantes en sus narraciones; pares militares, contraparte militar, mujeres y sus familias.

El interés por realizar una investigación sobre militares ha sido un gusto adquirido. Cuando comencé a cursar la Maestría en Estudios Culturales no imaginé que abordaría un tema tan cercano a mí, algo que me interpela. Nací y crecí en diferentes bases militares mientras Nardo, mi padre, desarrollaba su carrera como suboficial de Infantería de Marina. Aunque conservo ciertas relaciones fraternas que establecí durante esta parte de mi vida, he luchado contra algunas ideas que me han acompañado desde mi crianza y visten de camuflado, como la percepción de la belleza ligada a un cuerpo atlético y fuerte, una estética que requiere llevar un corte de cabello a ras, cierta fascinación por las armas y el miedo al homoerotismo. Hoy en día como profesional en ciencias sociales y profesor tengo la certeza que algunas cosas que viví en ese período son nocivas para la crianza de niños, niñas o adolescentes y van en detrimento de mujeres, incluso las esposas de los mismos suboficiales, entre ellas mi propia madre.

Dimensiones metodológicas

La información empírica en la que se basan las siguientes páginas tiene como fuente principal la narración biográfica de la vida de los dos suboficiales que formularon a petición mía. Es decir, los relatos de sus vidas no preexistían a esta investigación, han sido producidos en el desarrollo de este trabajo, gracias a los lazos de confianza previos que he fortalecido en el proceso (cfr. Bourgois 2010).

He seguido principalmente el método etnográfico para coproducir los relatos a partir de entrevistas biográficas, atendiendo las propuestas de Rosana Guber, especialmente su idea

sobre inducir en la conversación categorizaciones de la persona entrevistada, orientada a abrir sentidos en determinada dirección (Guber 2011), que en este trabajo tienen que ver con la narración que los suboficiales fueron elaborando sobre sí mismos, la guerra y personas diferentes a las del militar que protagoniza el relato. En el proceso de producción de los relatos incorporé la reflexión de esta autora sobre la no directividad, lo que me permitió escuchar en mayor medida las voces de los suboficiales, de manera que a partir de pocas preguntas logré acceder a su "universo cultural" (Guber 2011, 75). Igualmente, la confianza con la que contaba desde un inicio, producto de las relaciones familiares y fraternas fraguadas durante años, me permitieron establecer conversaciones fluidas y afectuosas con ellos, en las que afloraron sentimientos y verbalizaciones que estos hombres no habían expresado, especialmente Nardo.

Con los dos agentes mencionados, decidí organizar las conversaciones (entrevistas) en tres ejes temáticos: procedencia, entrenamiento y lugares de servicio.

El primero indagó por el lugar donde crecieron, su vida antes de ingresar a la Infantería de Marina y por la decisión de ingresar a la carrera militar, para conocer si fue por convencimiento, o por las circunstancias contextuales.

El segundo eje se orientó a detallar el primer gran entrenamiento que recibieron, que ambos en sus narraciones subrayaron como un proceso muy importante. Lo interpreto como la manera en que las instituciones militares implantan una subjetividad militarizada, que busca reforzar las configuraciones subjetivas previas, especialmente aquellas creencias masculinas ligadas con ser duro e inquebrantable, suprimiendo formas de masculinidad blanda (Sancho et al. 2009, 1157), en consecuencia, les enseñan lo que es ser hombre militar en contraposición a lo que eran antes, y que se consagra mediante una ceremonia de juramento a la bandera. Al interior de las instituciones militares las acciones son controladas con una intencionalidad performativa. Tender la cama, jurar bandera o saludar al general que los condecoró implica una disposición corporal que refleja disciplina, pero también cierta ética institucional, una vasta letanía que se repite en otros lugares, como la infancia que saluda cada semana a la bandera en los colegios.

El tercer eje exploró, a través de las tareas que realizaron en servicio, la relación de los agentes con sujetos que no integran las fuerzas armadas, como algunas mujeres, sus familias, o lo que denomino "otredades", a través de algunas experiencias y recuerdos significativos que emergen de los relatos.

Junto a estos militares, trabajé con otras personas que forman parte de manera distinta de las instituciones militares, toda vez que fueron permeadas por sus dinámicas pedagógicas, cotidianas y de poder. Algunos son sus hijos e hijas y de otros militares, esposas y vecinos de la época, con quienes crecí jugando béisbol durante largas jornadas o trepando árboles de mamoncillo y mango, comiendo sus frutos hasta la saciedad.

Al inicio de la investigación solo trabajaba con los sargentos, pero mientras los visitaba en sus casas y me mostraban sus álbumes familiares y condecoraciones noté que estudiarlos de manera aislada perdía de vista el imbricado tejido de relaciones del universo institucional militar, ensambladas a su alrededor, con sus familias, con sus vecinos. No solo la posición del militar adquiere mayor relevancia al incluirlos en un entramado interpersonal sino que permite abrir nuevas dimensiones analíticas, las narraciones de sus familiares, esposas y prole problematizan la posición del hombre suboficial. Adicionalmente, estas personas vivieron experiencias muy similares a las mías, escucharlos me alentó a dar vuelta a la manera en que recreaba mi vida pasada, pudiendo saborear más que su amargura.

Con estas personas apelé a una interacción más libre, simplemente dejé que sus relatos fluyeran, formulando preguntas muy abiertas, persiguiendo un recuento con énfasis en su vida al lado de la actividad de los militares. Muchas veces conversamos acerca de recuerdos y experiencias compartidas del pasado, frente a cómo fue nuestra crianza y lo mucho que la disfrutamos, de la dinámica del batallón y el dolor por las tragedias propias de este campo, como la muerte de vecinos o la "locura" de algunos, producto de la guerra.

Para aprehender la ruta del relato biográfico parto de dos propuestas, la de Miryam Jimeno y la de Paul Ricoeur. La primera señala que en este tipo de narraciones, las personas plasman "una expresión simbólica de la experiencia vivida" (Jimeno 2006, 44). Es decir, el contenido de los relatos de los suboficiales, más que ser el recuento de ciertos eventos, tratan esencialmente sobre significados culturales. Analizo tales significados cuando hablan de otras personas/identidades y de ellos mismos. Del segundo autor me interesa su reflexión sobre la relación vida-narración: "la acción puede ser narrada, debido a que está articulada en signos, reglas, normas; es decir, la acción se encuentra siempre *mediatizada simbólicamente*" (Ricoeur 2006, 19). Así, entiendo que en esta mediación interviene la cultura a manera de marcos de sentido, empleados por los suboficiales para valorar a las otras y a sí mismos.

Bajo estas perspectivas el relato biográfico es un mecanismo de los agentes para comprender el mundo y comunicarlo, inscribiendo sus acciones en él. Es también una forma

de conocimiento que apela a la interpretación, a las referencias propias de los sujetos militares. Además de operar como una forma de construcción de conocimiento colaborativo, la perspectiva biográfica da lugar a la agencia de estas personas, porque al narrar una vida salen a flote significados que traslucen la manera en que, a pesar de las desigualdades socioestructurales, estas personas resistieron y construyeron un proyecto de vida que transformó su trayectoria vital y la de otras personas.

Esto toma relevancia porque para la construcción de las narrativas vitales que fundamentan esta investigación, decidí seguir la trayectoria de los dos suboficiales. Frédéric de Coninck y Francis Godard plantean que la trayectoria biográfica tiene que ver con poner atención a la "constitución progresiva de redes de sociabilidad" (de Coninck y Godard 1998, 273). Esto permite entender cómo se forma una subjetividad progresivamente, los sentidos que en ella circulan y las maneras de relacionarse con otras personas.

Las trayectorias de estos militares las he cruzado con análisis de género, de la procedencia geográfica y de clase, de la economía política y los lugares de desempeño profesional, como lo sugiere la investigación de Marta Zambrano y Margarita Durán, porque estos arrojan "luces sobre las transformaciones del campo laboral y las condiciones de trabajo" (2017, 5).

Respecto al diálogo entre relato biográfico y memoria para los fines de esta investigación entiendo la memoria como una elaboración del pasado (Traverso 2007) desde el presente "en proceso constante, inacabable" (Zambrano y Gnecco 2000, 18). Esta disertación al acudir al relato biográfico elabora un tipo de memoria. Siguiendo las reflexiones de Marta Zambrano y Cristóbal Gnecco, me interesa explorar eventos vividos por suboficiales en el pasado no para dar cuenta de lo ocurrido sino de los "niveles de construcción de sentido que son capaces de otorgar la memoria" (2000, 13). El sujeto militar que se enuncia en los relatos tiene una posición particular, parte de este trabajo trata de explicitarla.

Los relatos que presento y estudio a continuación son una refiguración de la experiencia temporal, una rememoración producida en el presente que imagina el pasado. Más allá de la veracidad o legalidad de los acontecimientos, el énfasis analítico se relaciona con los sentidos que circulan en los relatos de estas personas sobre sí mismos, las otras, la guerra y las formas en que estos militares otorgan significado a sus acciones desde el lugar que ocupan en el presente. Pienso que existe una actividad poética en las memorias, que

ilumina el peso del tiempo sobre ciertas vidas y tras estas luces se esconden sombras, percepciones, rutinas, ideas y conceptos incorporados que emplean los agentes para ser.

Volviendo a Paul Ricoeur, la memoria media "entre el tiempo vivido y las configuraciones narrativas" (1999, 13). Por lo cual "el trabajo del pensamiento que opera en toda configuración narrativa termina en una refiguración de la experiencia temporal" (Ricoeur 2009, 39). Las experiencias del pasado narradas en el presente acaban transformadas, se crea "una temporalidad más profunda" (Jimeno 2006, 39). Son recreadas con sentidos que no necesariamente son condición de la acción o experiencia acontecida.

Estos son relatos autobiográficos y también memorias parciales, invenciones situadas del pasado matizadas por los intereses de los militares y por su lugar en las matrices de opresión, privilegio y jerarquía, tanto militares como socioestructurales. Aunque se producen desde una posición particular, la de hombre militar y contienen mentalidades dominantes, ellas guardan un tipo de subalternidad dado que en la constitución de memorias oficiales pueden quedar oscurecidas por "otras memorias" (Zambrano y Gnecco 2000, 20), como la de los grandes mandos militares.

Mi propósito es hacer un ejercicio crítico y reflexivo sobre las narraciones, la fuente principal de este trabajo, que expresan y defienden ideas dominantes, en muchas ocasiones producto de instituciones organizadas, generalmente gobernadas por varones. Los sentidos que este documento consigna yacen a la sombra del privilegio. Son precisamente las banderas que quiero bajar.

Sobre los agentes

Esbozo aquí unas notas sobre los agentes que hicieron posible la investigación. Nardo es mi padre y esta investigación ha partido de lo que yo sabía de él, su lugar de nacimiento, sus antecedentes familiares, pero en el desarrollo de mi indagación he conocido aspectos de su vida que ignoraba. Escucharlo y preguntarle cosas que recuerdo haber visto y vivido en batallones ha permitido reevaluar mi relación con él. Si bien son temas que no hacen parte de la intención directa del escrito, son los correlatos en las sombras que acompañan la posición que estoy describiendo y también mi lugar de autorreferencia.

Nardo es antioqueño, nacido en 1963 en el seno de una familia caficultura y católica en Urrao. Ingresó a la Infantería de Marina en 1983 y en 2011 se retiró como Sargento Mayor

de Comando después de cumplir el tiempo máximo de servicio y la totalidad de rangos estipulados para un suboficial. Estuvo designado en Coveñas, Cartagena, Puerto Leguízamo, Buenaventura, Corozal y Bogotá durante el transcurso de su carrera. Participó en al menos seis combates, saliendo ileso de todos. Es un hombre que se muestra fuerte y poco accesible. Antes de las conversaciones que guiaron esta investigación, nunca había hablado con él sobre sus sentires o nuestra relación; conversar sobre estos temas nos ha acercado y en el transcurso de esta investigación hemos compartido experiencias que no tuvimos en el hogar, lo que ha formado un vínculo más amoroso.

Narciso ingresó en 1988 y se retiró con el mismo rango, Sargento Mayor de Comando. Es oriundo del Olaya, un barrio polvoriento de Cartagena. Durante su carrera estuvo asignado a instalaciones militares en Corozal, Puerto Leguízamo, Magangué, Coveñas, Bahía Solano, Cartagena, Bogotá y en Tegucigalpa, Honduras. Participó en ocho combates, en uno de ellos una explosión afectó su oído derecho, algunos ruidos fuertes le ocasionan incomodidad. La Guajira (su esposa), cuando lo quiere molestar o callar hace sonar un envase vacío de soda porque sabe que ese sonido le molesta. Su primer hijo, que tuvo antes de casarse con ella, con quien Toto (hijo de ambas) y yo jugábamos de chicos, murió ahogado mientras patrullaba el río Magdalena, según la versión oficial de la institución, a la que Narciso nunca creyó e incluso entabló una querella judicial. Era Infante Profesional y su cuerpo estuvo perdido durante semanas.

Narciso, desesperado porque la Armada no lo encontraba, contrató a unos pescadores y lo buscaron durante días hasta hallarlo. Su cuerpo yacía en un estado avanzado de descomposición, con el rostro devorado por los animales y la chapa de identificación incrustada en su pecho. Navegó el río varias horas junto al cuerpo hinchado y maloliente de su hijo. Nunca olvidaré la oscuridad en sus ojos y su voz, que como carámbanos apuñalaban mi corazón cuando me contó la suerte de Migue: “donde haya sido alguno de mis otros hijos, yo me hubiera vuelto loco, me muero” (Entrevista 15). Sentí pena por él, por su preferencia paterna por sus hijos legítimos.

En conjunto, estos dos hombres comparten varias coordenadas sociales. Provienen de sectores populares, en ambos casos con fenómenos de violencia latentes o falta de acceso y goce de derechos y recursos culturales. Los orígenes de estas personas pueden situarse en la clase marginal y empobrecida de la población (Wright 2010). A su vez, han constituido

familias bajo el modelo clásico de institución heterosexual (Curiel 2013) con la esposa abocada a tareas domésticas.

Luego de escucharlos queda claro que estos hombres buscaron en las instituciones militares un lugar para la movilidad social (cfr. Theidon 2009), más como una oportunidad de "salir adelante" que como una vocación por la doctrina militar. Aunque uno nació y creció en el campo, fue transformado por la ciudad, y ambos son como menciona Kimberly Theidon parafraseando a Philippe Bourgois: "producto de la cultura callejera urbana, son en parte producto de opciones limitadas y violencia generalizada" (Theidon, 23).

Otra persona que contribuyó muchísimo en esta investigación, sobre todo reflexionando conmigo y aterrizando las experiencias de los militares a una posición más cercana a mi generación fue Mauro, quien es un par de años mayor que yo y a quien conocí en Tunjuelito. Estudiamos en el mismo colegio distrital y anduvimos de "parche" por las calles al ritmo del clásico 5-27 de la Etnia, icónica agrupación de rap bogotano. Tuvo una carrera corta en el ejército, tan solo 8 años, y fue dado de baja por insubordinación: al no soportar el trato de un Mayor, le propinó varios golpes en el rostro y por ello estuvo medio año recluido en la prisión militar de Tolemaida. Pese a que su carrera fue corta tuvo una alta participación en la guerra y en la pierna izquierda y abdomen recibió balazos. Estuvo internado meses en la unidad de cuidados intensivos del Hospital Militar de Bogotá, cojea por los disparos y en su pierna tiene aleaciones quirúrgicas.

Es barbero y después de la pandemia de 2020 decidió irse a probar suerte a Estados Unidos, la última vez que hablamos me contó que estuvo en Manhattan, en una práctica de su profesión con *nuyorriqueños.* Durante varios años cortó mi cabello y en el ejército también lo hacía, el estilo era muy similar a como él cortaba a sus "lanzas", término de camaradería que usan los militares para referirse a sus pares. Viene de lancero, porque hicieron el curso de lancero juntos, esta idea del lancero es también una idea dominante en la institución, que se relaciona con las grandes batallas de Independencia de esta república. Mauro, a diferencia de los sargentos, no parece ser protagonista "directo" del texto, sin embargo, sin su traducción y explicación de las experiencias militares no habría podido captar la profundidad de algunos significados.

Además de los hombres militares, mantuve comunicación con algunas ex esposas de suboficiales, como es el caso de Lila y Lirio, esta última es mi madre. Sus narraciones fueron indispensables para contrastar, situar y cuestionar la versión oficial de las instituciones

militares sobre la familia y para problematizar cómo sobre las unidades familiares recae también el peso del camuflado, muchas veces con una carga amarga. Finalmente, en el proceso de investigación realicé entrevistas con tres hijos y tres hijas de suboficiales, con quienes pude hablar tendidamente de recuerdos y experiencias compartidas, particularmente aquellas referidas a la cotidianidad y la crianza dentro de batallones.

Autoetnografía

En este documento retrato mi experiencia personal como hijo de un suboficial, a quien las condiciones de su trabajo constituyeron como una figura paterna lejana, poco cariñosa y de carácter férreo al que costaba mucho arrancarle una sonrisa. Me persigue el silencio de los almuerzos familiares; sentado derecho, los codos fuera de la mesa, cabizbajo con la mirada recluida en el plato. Una tensión asfixiante saturada por la mirada de Nardo siguiendo el zumbido de las moscas con el periódico empuñado.

Fue la autoetnografía la que me posibilitó plasmar mi agencia en el proceso de investigación y de escritura (cfr. Adams, Bochnner y Ellis 2015). En el proceso investigativo al construir los relatos biográficos con los militares también realicé un proceso autobiográfico. Cuando escuchaba a los sargentos e indagaba sobre sus experiencias pasadas también examinaba mi propia trayectoria en el campo militar y lo que había quedado escrito en mi cuerpo, las epifanías: “fenómenos íntimos que una persona puede considerar como una experiencia transformadora” (Adams, Bochnner y Ellis 2015, 253) como acontecimientos y momentos particulares por los que la vida cambió su traza. En la escritura, visto que para expresar vivencias interpersonales es necesario describir algunos “patrones de la experiencia cultural” como “sentimientos, historias y sucesos que se repiten” (Adams, Bochnner y Ellis 2015, 255), hacerlo me llevó a construir nuevas perspectivas sobre mi pasado, las relaciones con mis familiares y el significado de las instituciones militares. Seguí la invitación de la perspectiva autoetnográfica en la escritura, tratando de generar mediante los relatos una atmósfera donde los “pensamientos, las emociones y las acciones” (2015, 254) de los protagonistas del texto sean aprehensibles y ayuden a situar sus posiciones.

En este documento abordaré circunstancias que involucran a mi familia (cfr. Martínez 2019), allegados del pasado, hombres militares, pares generacionales y a mí mismo, desde diferentes lugares; como un niño que creció en batallones o en el pasado de los sargentos, siempre al regazo de mi posición actual como investigador, mediante un ejercicio de

“reflexividad y autoanálisis permanente” (Martínez 2019, 100), con el fin de cuestionar el destino social al que asistimos ciertos sujetos inscritos al campo militar.

En la narración autoetnográfica enfrenté la dificultad señalada por Alejandra Martínez (2019), sobre el riesgo de transmitir una imagen negativa de mi padre. Entre más conozco de su vida más difícil me resulta expresar con seguridad quién es realmente (cfr. 2019), escribo sobre cómo lo percibía a la luz del presente, entendiendo que su acciones y dinámicas afectivas tuvieron lugar en un contexto institucional masculino que le enseñó cómo sentir, cómo ser autoridad, cómo ver a los otros, pero también le exigía qué tipo de hombre y padre debía ser. En cierto modo esto me ha sido muy útil para descargar culpas y “reducir los prejuicios” (Adams, Bochnner y Ellis 2015, 259) que cargaban nuestra relación.

Como lo sugiere Ariana Cota (2019), la autoetnografía posibilita desaprender en dos direcciones. Como investigador al dejar de lado presunciones esencialistas y objetivistas en la investigación y desde una perspectiva existencial, porque al situarme junto a los agentes en la investigación exploré un proceso de agenciamiento colectivo dentro del campo militar y sus diferentes matices subjetivos, observándome a mí mismo en este recorrido. En esta investigación actué como un agente académico, pero también, como hijo, amigo y alguien que quiere escapar de las fauces militares. Me ha resultado insoportable que el mundo militar también vive en mi cuerpo y en el de mi madre, sus significados pautaron por muchos años quiénes éramos y cómo nos veíamos. Quiero dejar atrás la vida tal cual la moldearon las manos y los corazones militares, un orgullo hoy oxidado, hundido en el mar.

Por las reflexiones anteriores, la escritura que defiendo en este texto busca conjugar el material empírico, conservando en lo mayor posible, la inteligibilidad de las referencias de los militares junto a su lenguaje. De acuerdo con Ben Highmore, y ubicando este documento en los Estudios Culturales, el estilo narrativo combina “registros mixtos” (2018, 4) donde tiene lugar la oralidad, la narración biográfica, autoetnográfica, mediante el uso de conversaciones y la evocación de recuerdos propios y colectivos, con sus cargas emotivas.

Mientras escribo estas páginas me ahogo en las memorias de mi padre hablándome de lo bello de la vida, de nunca desistir, de ponerse en pie tras cada derrota. Pero mi rostro abatido sin la valentía de los toros vuelve a casa, por un camino trizado y gris, mientras le persigue el hombre de la sonrisa muerta, el hombre que no pude ser, susurrando: levántate cobarde.

Claves teóricas

Los materiales empíricos que produje son archipiélagos de significados ubicados en los cuerpos de los sargentos por su tránsito en el campo institucional militar. Los he interpretado a partir de la perspectiva sugerida por Marta Zambrano (2008), indagando por los discursos y las prácticas sociales que los envuelven. Así, incorporé el análisis de la masculinidad, para explorar cómo los sargentos, son "agentes sexuados y desigualmente situados" (Zambrano 2008, 23). Los significados que destilan sus narraciones son resultado de procesos de subjetivación militar, jerarquías sociales e institucionales y de relaciones de género promovidas por estas instituciones. Mi argumento defiende que ellos narran sus acciones militares, a ellos mismos y las otredades (pares militares, contraparte militar, indígenas, mujeres y sus hijos) presentes en sus relatos a partir de significados masculinos.

Comprender que los suboficiales llevan las insignias en el pellejo me ha llevado a examinar la categoría de género. Esta ha sido muy útil para pensar en la posición del hombre suboficial, porque como lo plantea Raewyn Connell esta habla de una estructura y de una "dimensión principal de nuestra vida social" (2015, 17) cuyo terreno es el cuerpo, es decir, el género se corporiza mediante prácticas sociales que ocurren en los diferentes microcosmos de nuestra vida, en "el encuentro sexual, los nacimientos y la crianza de hijas e hijos" (2015, 18), en espacios institucionales, entre otros. Un aspecto central de esta categoría es su maleabilidad para situarse en un objeto de investigación particular, al respecto Mara Viveros y Marta Zambrano (2011), argumentan que "el significado del género depende del lugar contingente en que constantemente se están ubicando y reubicando sus términos diferenciales, es decir, las oposiciones binarias en las que se apoya" (2011, 154). Inspirado por estas autoras exploro la significación de género en el campo institucional militar en diferentes crisoles; en los cuerpos de Nardo y Narciso, en las otredades que nacen de sus relatos, en cotidianidades en instalaciones militares y en las familias de los dos. Como el género descansa sobre binarismos que dotan de sentido a la posición de los sargentos en oposición a otras, recurro a reflexiones sobre las masculinidades en el marco de los estudios feministas (Connell, 2015; Viveros, 2002).

Para Mara Viveros las masculinidades siempre están contextualizadas, en "una realidad múltiple en función de los momentos históricos" y de "distintos elementos" como "la clase social, la pertenencia étnica, el ciclo de vida o la orientación sexual" (2002, 123). De ahí que las posiciones masculinas no sean análogas y la forma que adquieren depende de las

prácticas sociales que la signifiquen. La masculinidad funciona como una posición específica que informa a las personas como ser y hacer en función de su ubicación en el sistema de diferenciación. De esta autora también recojo el análisis interseccional, que postula la imbricación de relaciones de poder (Viveros 2016) y matrices de opresión en las personas. Con estas pistas conceptuales comprendí a partir de los materiales empíricos que los sargentos otorgan significado a su posición desde aspectos militares y de género, pero también "en relación con categorías de clase y raza" (2016, 11) que se imponen a ellos mismos y a las otras personas que acompañan sus relatos.

Para ubicar a Nardo y Narciso en el amplio abanico de las masculinidades me remito a algunas subclases como la de masculinidad militarizada, concepto útil para pensar las relaciones de poder y género que involucran cómo vemos e interactuamos con miembros de las fuerzas militares, sobre todo en sociedades con una herencia de dominación colonial. Para Prem Chowdhry esta masculinidad es "una condición formada por circunstancias políticas y militares particulares, ensamblada a partir de su cultura material" (2013, 713). Es importante señalar que la masculinidad militarizada ha profundizado la diferencia colonial. Por ejemplo, no todos los hombres son aptos para alcanzar las jerarquías de mando. Al mirar retrospectivamente los 12 años que viví en batallones recuerdo que los militares negros en puestos de mando eran escasos y los indígenas nulos, aunque abundaban entre los rangos más bajos de la tropa. Toda una jerarquía racial institucionalizada, como afirmó Nardo: "el último oficial negro de la Armada fue Padilla" (Entrevista 2).

En la interacción social esta forma de masculinidad ha generado ciertas dinámicas nocivas o violentas en ciertos espacios. Por ejemplo, Chowdhry (2013) señala que, en India en lugares rurales a donde estos hombres llegan el consumo de alcohol incrementa exponencialmente, legitimando una forma de comportamiento particular para los hombres. Además, se le hacen muchas concesiones a favor de su estatus. En Colombia hay privilegios como el financiamiento de sus viviendas y el goce de un régimen de salud especial. Estos militares entraron cuando operaba una política de salud que cubría además de la familia nuclear del militar, a sus padres de manera vitalicia, de esta manera, mi abuela está afiliada a sanidad militar desde 1985 cuando le diagnosticaron diabetes y mi abuelo lo estuvo hasta su muerte en 2005, sin pagar alguna mensualidad o medicamentos por su cuenta. La pensión también funciona de manera particular, Nardo y Narciso la alcanzaron mucho antes de ascender al último rango (sargento mayor), se pudieron retirar sin alcanzar el grado máximo teniendo pensión (de un valor inferior pero asegurada).

En mi caso, cuando la policía me detenía en requisas o controles, mostrar mi carnet de sanidad militar que estipulaba el rango de mi padre era un recurso muy efectivo para recibir un trato preferente. También recuerdo una ocasión que nos detuvieron por una infracción de tránsito, iban a ponerle un comparendo a mi padre, pero bastó con que usara su cédula militar para aliviar el asunto con un somero apretón de manos con el agente de tránsito, seguido de un "siga mi sargento".

Raewyn Connell advierte que la masculinidad es una posición particular en las relaciones de género (1995, 6). En esta comprensión "el género es una forma de ordenamiento de la práctica social", esta última para la autora no es autónoma, por el contrario "responde a situaciones particulares" y se configuran a través del tiempo (Connell, 7). En este documento entiendo la masculinidad de la forma señalada por Mara Viveros: "no es un atributo de los hombres, sino el producto de una relación" (Viveros, 2021b). Que para el caso de este estudio es particular, por estar ubicada y propiciada en las instituciones militares. La masculinidad es una ficción, una elaboración cultural que atribuye a los cuerpos ciertas coordenadas, estrechamente relacionadas con la posición que ocupan. Las masculinidades existen junto con otros sistemas de diferenciación como la raza y la clase, de manera que difícilmente la posición masculina de los suboficiales se aleja de su realidad de clase o de la tonalidad de sus pieles. El mundo militar supone prácticas de diferencia, así que los estamentos jerárquicos de esta institución buscan hombres desigualmente situados en las jerarquías socio raciales y de género. Al respecto, Christian Appy muestra cómo en el marco de la guerra de Vietnam, la mayoría de las víctimas del ejército norteamericano fueron de rangos medios y bajos, provenientes de vecindarios de clase trabajadora, a diferencia de los suburbios de clase alta y blancos, donde era muy difícil hallar veteranos de esta contienda (Appy 1993). Una dinámica similar se puede rastrear en las instituciones militares colombianas, por ejemplo, según datos de la Fuerza Aérea colombiana, el 89% de sus miembros víctimas del conflicto armado interno entre 1981 y 2017 eran soldados, seguidos por los suboficiales con un 7% y en último lugar los oficiales con el 3% (Fuerza Aŕea de Colombia 2019, 17).

Las instituciones militares escriben discursos sobre los cuerpos (Baker 2010). Argumento que estos se producen en el marco de un proyecto de género, que entiendo siguiendo a Connell como los "procesos de configuración de la práctica a través del tiempo" (1995, 7). El proyecto masculino del universo social militar intenta perpetuar un orden de género blandido sobre un gobierno varonil inmaculado e insertado en un régimen de

producción (cfr. Zambrano 2008) masculino añejo, que sitúa a los hombres militares como los hacedores de la nación y su resguardo. Parte de la misión castrense en este régimen es instaurar un marco de verosimilitud que media la compresión entre personas (militares o civiles), situando ideas conservadoras sobre la moral, el memorial nacional, la disciplina, la obediencia, un estilo corporal y un uso de la violencia y de la fuerza asociado a los hombres.

Las masculinidades de los suboficiales son localizadas y se integran en un dispositivo colectivo en el que actúan: ficciones fundacionales como lo señala Doris Sommer (2004), un espacio memorial sin el cual sería difícil hallarse en el brindis de la comunidad nacional; un ordenamiento legal que dibuja el cuerpo de los hombres; sujetos hambrientos de movilidad; y las instituciones castrenses, como una familia, un lugar para hombres cobijados tácticamente unos con otros, sigilosos, tranquilos.

Organización del texto

En el primer capítulo reflexiono sobre el lugar de las instituciones militares en la nación, sigo con la contextualización de la Infantería de Marina para dar paso al balance de antecedentes de investigación sobre las instituciones militares como vectores de significación, de construcción de subjetividad y su relación con los proyectos nacionales y de masculinidad.

En el segundo capítulo examino algunos asuntos relacionados con la adquisición (producción) de la masculinidad de los suboficiales, mayormente me remitiré a la primera etapa de formación militar, durante la cual jóvenes civiles se convierten en Infantes de Marina y a algunas acciones bélicas. Me interesa destacar a partir de sus relatos vitales “las prácticas por las cuales los hombres (...) se comprometen con esa posición de género” (Connell 1995, 6). Narraré experiencias que, por la manera en que se presentaron tenían como finalidad plasmar un tipo particular de sujeto: el hombre suboficial.

El tercer capítulo analiza los significados que circulan en los relatos biográficos de los sargentos cuando narran las otredades, argumentando que lo hacen sobre la base de códigos masculinos y del capital militar entrecruzados.

El cuarto capítulo examina las posiciones opuestas en las que se izan las masculinidades de los sargentos y la manera en que el campo institucional militar discurre categorizaciones de género sobre las esposas e hijos de los militares, quienes vivieron con ellos dentro de instalaciones militares.

1. De la institución militar y algunas claves para su estudio

> *Adrián, uno allá conoce la verdadera familia. Porque hay unos affiliates, una hermandad. Te voy a decir algo; allá tú estás comiendo con una cuchara y no hay más… hacemos fila para coger esa cuchara y comer el alimento. En cambio, en nuestra casa cada uno tiene su cuchara o sino la lava, por ejemplo, yo termino de comer con mi cuchara y mi esposa no la utiliza o la lava.* (Entrevista 9)

A todo lugar a donde fui, a donde voy, siempre veo un militar. Están plantados con sus armas en las esquinas de esta ciudad, en la caja del *super*, en las aulas de la facultad, e incluso entre la montonera del bus. Muchos hombres jóvenes en Colombia nos hemos enfrentado con esta institución. En una fila estrepitosa de alba a ocaso afuera del Coliseo Cayetano Cañizares en Kennedy, o cuando fuimos obligados a desnudarnos ante un médico quien comprobaba si éramos "aptos" o no para el servicio, en una habitación húmeda y sin ventana de cualquier distrito de reclutamiento.

Lo militar parece ser una gran fuente de significación de la que se bebe un trago amargo o las mieles del servicio y amor a la patria. Actúa como un lugar compartido en el cual nos imaginamos e integramos en la comunidad nacional. Según Ochy Curiel, quien sigue a Benedict Anderson:

> "*comunidad* porque a pesar de las desigualdades y la explotación existente en su interior, sus integrantes se conciben desde un compañerismo profundo, fraterno, horizontal; *imaginada* porque existe, por tanto, la idea de comunión, aunque sus integrantes no se conozcan o relacionen entre sí" (Curiel 2013, 32).

Para Benedict Anderson, la "calidad de nación" y "el nacionalismo son artefactos culturales de una clase particular" (Anderson 1993, 21). En sintonía con esta perspectiva, Doris Sommer (2004) ha descrito a tal clase como hombres criollos de élite en Latinoamérica. Bajo esta comprensión, la nación tiene su génesis en la acción de colectivos masculinos, con el control de grandes medios de reproducción cultural como los periódicos y las imprentas desde el siglo XIX (Sommer 2004). En este trabajo ubicaré a las instituciones militares como artefactos culturales pronación porque, como muestran los relatos vitales de

los suboficiales contribuyen a una de sus tareas esenciales, la producción de subjetividades, ya que; “en el mundo moderno, todos tienen y deben “tener” una nacionalidad, así como tienen un sexo” (Anderson 1993, 22). Quiero enfatizar en este aspecto, para Sarah Radcliffe y Sallie Westwood, la formación de la nación ha estado acompañada de una “movilización de hombres y mujeres como sujetos de género” (Radcliffe y Westwood 1999, 207). En las instituciones militares tiene lugar una actividad pedagógica que produce sujetos sexuados, empapados en códigos como la heterosexualidad, la cristiandad (de hecho, existe algo llamado Obispado Castrense), una corporalidad atlética, rutinaria y obediente que personifican lo nacional (Radcliffe y Westwood, 215) y ejemplifican un sujeto deseado.

Para dotar de identidad a los suboficiales, en las instituciones militares ocurre lo que Homi Bhabha denomina una “performatividad del lenguaje en las narrativas de nación” (Bhabha 2010, 14), esto es que la nación “como un aparato de poder simbólico, produce un continuo deslizamiento de categorías, como la sexualidad” (Bhabha 2002, 176). Estas categorías tienen efectos materiales sobre los miembros de una comunidad nacional, hablan de un individuo preferente, con ciertas características. Por ejemplo, Doris Sommer vincula la manera en que los contenidos significativos de las novelas nacionales están relacionados con la intervención de poder sobre los cuerpos, “la retórica del amor” y romance versan sobre la “sexualidad productiva”, de la felicidad doméstica y familiar (Sommer 2004, 23).

Aunque a la pregunta por el lugar de las instituciones militares en la nación se puede responder de manera simple: para defenderla, como señala artículo 217 de la Constitución colombiana, me inspiro por la idea de Bhabha, para abordarlas como una forma de “elaboración cultural” (Bhabha 2010, 14) de y para la nación misma, con serias implicaciones en el mantenimiento de la comunión nacional, ellas resguardan cierto código y lo publican a través de sus miembros. Recojo las ideas de Stuart Hall para plantear que las naciones no son entes que surgen absolutamente elaborados, por el contrario, existen como un proceso de transformación constante que “produce un significado y construye la identificación” (Hall 2019, 120). En este argumento cabe la actividad de las instituciones militares como una pequeña comunidad simbólica que abre caminos para la nación.

Gran parte de la auto identificación que realizan los suboficiales se sustenta a través de la idea, de una nación a la que sirvieron y por la que se sacrificaron. En sus relatos es un medio de significación elemental, el sujeto militar se pinta con los colores nacionales, se viste con la seda de los grandes héroes, a los que las narrativas militares nunca dan descanso.

Como señala Ana María Forero, los intelectuales de las Fuerzas Militares inventan unas ficciones permeadas por heridas "que nutren la imagen del mundo militar" (2017, 12). Mi intención en los capítulos siguientes es visibilizar algunas de esas heridas encarnadas en los suboficiales tales como la humillación corporal, el alejamiento de su familia o la muerte de pares. Las instituciones militares son una parte significativa del gobierno de los varones, también narradores de la nación y aunque está compuesta mayoritariamente por hombres, no todos ellos se localizan en posiciones de poder idénticas (Parrini 2019, 194). Los sargentos no son los productores de las ficciones, su lugar en la estructura jerárquica de la institución no tiene que ver con la dirección intelectual, pero en sus cuerpos se publican códigos masculinos que han acompañado a la nación.

La forja del pasado

Las instituciones militares son calderas refulgentes que funden a pedazos el corazón de los hombres que habitan el pórtico nacional. Una de sus actividades más diligentes es guardar su lugar en la historia nacional dominante, los vemos al lado de las imágenes y monumentos de los héroes patrios percolando virilidad, coraje y sacrificio en las plazas de las ciudades, en las vallas de reclutamiento y en el exagerado desfile del 20 de Julio.

El campo militar construye sentidos que yerguen sobre un uso del pasado el cual "domestica la memoria social" (Zambrano y Gnecco 2002, 13). Sus narraciones han ganado porque ocupan la imaginación patriótica que nos une como connacionales. Esto no es más que una ficción (cfr. Kanafani 2022) que empezaron a tejer las élites criollas republicanas con el dominio de los medios de reproducción cultural (cfr. Sommer 2004):

> Nosotros. Que el día 20 de Julio de 1810 conquistamos nuestra independencia, nosotros que conformamos una Junta en quien depositar la autoridad (...) necesitamos de un *Diario Político* en que nuestros Franklines y nuestros Washingtónes derramen luces y fixen nuestra incostancia y nuestra incertidumbre. (Diario Político de Santafé 1811)

Los significados construidos por comunidades masculinas letradas de los primeros decenios del siglo XIX tienen como espada a las fuerzas militares y como señalaba antes, nos hablan de un sujeto preferente como José Prudencio Padilla, prócer de la Armada quien "conquistó" los mares de la nación a "sangre y fuego" (Martínez 2023b, 22):

> Padilla ha sido uno de los verdaderos padres de la libertad; ha servido mucho á su patria, ha padecido por ella, nunca se ha pasado á los godos, ni ha robado los caudales públicos, ni ha dejado arruinadas a ningunas familias, ni es deudor de muchas ó pocas cantidades á particulares, ni ha hecho protestas, ni ha entrado en conjuraciones contra la patria, ni se ha retractado de sus opiniones, ni ha sembrado nunca la división, ni ha ambicionado empleos, ni ha cometido bajesas en ningun tiempo. (El Aficionado 1823, 1)

Es fascinante cómo estos sujetos imprimieron su nombre en la historia nacional y hoy vuelan con un plumaje fulguroso que nos impide ver quiénes son. Ancianos rodeados de fragatas y fusiles, apoderándose de los cuerpos de muchos hombres jóvenes para verter su esencia; una armada que los defiende contra el tiempo, conservando su perfecta imagen. Un ardiente deseo revelado en las siguientes líneas publicadas sobre Antonio Nariño por El Noticioso en 1823:

> El fundador, el heroe de Colombia; el será siempre el mismo (...) Nariño podria ser condenado, Nariño podria ser asesinado juridicamente y Nariño será siempre Nariño. (1823, 12)

En el universo institucional militar se mueve desde antaño un régimen de producción masculino muy efectivo para el proyecto nacional puesto que remite a un pasado paradisíaco, protagonizado por hombres, que reproduce las diferencias raciales, de clase y étnicas, e inserta sujetos al proyecto nacional siempre y cuando guarden su lugar en la estructura jerárquica de la sociedad colombiana, un lugar apetecido para la movilidad social. Este régimen en distintos tiempos ha regado la simiente nacional y yace inmarcesible gracias al abono militar. Los hombres militares son el lienzo donde se publican estos significados, alimentados por consignas ficticias.

Las instituciones militares forjan a sus hombres desde narrativas heroicas que han acompañado a esta nación desde tiempos primigenios. Ricardo del Molino (2019) plantea cómo a partir de 1810 las élites criollas ilustradas fabricaron un pensamiento político militar republicano, cimentado sobre la comparación de los revolucionarios con figuras y códigos narrativos heroicos, como reza el extracto del Diario Político de Santafé, que he citado líneas arriba. La nación como artefacto cultural recurre a la invención de narrativas, ya en el alba de la república emergió un sentimiento, una necesidad ferviente de conmemorar y fundar a los entonces héroes proto nacionales, a los “hombres históricos” (Nietzsche 2004, 45)

considerados como padres fundadores siguiendo el ejemplo norteamericano. Un uso del pasado amplificado dentro y fuera de las instituciones militares.

Desde adentro, la intelectualidad militar contemporánea bebe de las élites criollas modernas, descansan a la zaga del telón desplegado por los sempiternos héroes a los que constantemente lustran para que el polvo de olvido no asalte su brillo. Las instituciones militares se presentan como las parteras de la república. Según su acervo documental ellas guardan "los antecedentes históricos del pueblo colombiano como parte fundamental del Ejército desde los inicios de la Campaña Libertadora hasta la actualidad" (Galvis y Pinzón 2022, 20). Esta ficción dota de significación al presente, como Ítaca, un lugar amado al que retornar y les funciona para asumir la exterioridad de sus miembros, la manera en cómo quieren que los imaginemos, al respecto Ana María Forero (2017) argumenta que los intelectuales militares han inventado una "tradición" con el objetivo de ubicar a la institución como "amiga del pueblo colombiano" (2017, 19). También como una internalidad, porque como muestran los relatos de Narciso a partir del siguiente capítulo, este significado es imperativo para describir su posición.

Desde afuera, por ejemplo, en ocasión del primer centenario de la república en 1910 en Bogotá algunos clubes y asociaciones privadas (Vanegas 2019), como el "Gun Club, Jockey Club, Polo Club, Sociedad de la Unión, Sociedad Tipográfica, Sociedad de Caridad, Fábrica de Cementos Samper y vecinos del barrio de Las Aguas y del barrio San Victorino" (Torres 2018), recaudaron fondos para la creación de algunas imágenes de próceres en distintos puntos de la ciudad. A criterio de Raúl Romero, la celebración del centenario se inscribió en el marco de un proyecto de las élites políticas de la época con el fin de "construir un símbolo temporal para establecer una memoria nacional" (Romero 2005, 4). Con este proyecto comienza una actividad aún reproducida hoy (en el seno del mundo militar especialmente), el hecho que lo nacional está fuertemente asociado a la invención republicana de la patria como un ente femenino y frágil, necesitada de hombres valientes que con celo la custodien.

Este régimen de producción masculina proyecta su imagen de muchas formas; mediante los cuerpos militares, los rituales de izada a la bandera, las imágenes que adornan el espacio público o las narrativas militares. Para Zenaida Osorio (2001), en la producción de imágenes de la nación las figuras masculinas han dominado los tableros, ha sido "genérica para convocar lo humano (...) son el equivalente visual de la palabra *Todos*" (Osorio 2001,

284). Bajo esta pista inspecciono los significados masculinos en las posiciones de los suboficiales, porque un pasado asentado en la "libertad" y abundante en manifestaciones plásticas monumentalizadas por la institución, es una alameda idílica tras la cual se justifican muchas cosas, como el uso de la violencia y las armas asociado a los hombres y sus acciones represivas.

Es difícil confrontar el peso del tiempo con la fragilidad de esta ficción, que parece inconmensurable, pero ha estado acompañadas de puntos de fuga que la han disputado, como las siguientes líneas atribuidas a Tomás Cipriano de Mosquera en 1866: "que el 20 de Julio de 1810 no ha habido en Bogotá tal declaratoria de independencia sino una *gazapera* de vagamundos" (s.n. 1866, 3). Esto deja entrever que la ficción es impuesta desde un poder particular y excluyente, en este caso de los intelectuales y criollos de la capital, que condenaron al olvido a otras localidades y colectivos que no representaban el cuerpo de los ilustrados, a quienes la narrativa nacional ha silenciado, no sin múltiples contestaciones, pero finalmente impuesta mediante un "proceso de disciplinamiento de la memoria" (Romero 2013, 125).

La Armada de Colombia, institución que en 2023 conmemoró su bicentenario con muchas ceremonias, como el ascenso póstumo de José Prudencio Padilla al grado de "Gran Almirante" (Armada República de Colombia, 2023), y a la que pertenece la Infantería de Marina, mitifican su fundación en la revolución independentista, bajo la figura heroica del almirante y el acontecimiento de la batalla naval del Lago de Maracaibo de 1823, considerada por la historia institucional como "la acción naval que aseguró la libertad de la América del Sur" (Martínez 2023a, 14).

Infantería de Marina

La Armada de Colombia tiene dos grandes fuerzas: la Naval y la Infantería de Marina. En este trabajo me concentraré en la Infantería, una fuerza pequeña fundada 1937 "como una respuesta a la necesidad del país de extender las labores de la Armada Nacional a todo el territorio fluvial" (Armada Nacional 2013, 6) y que en 2017 contaba con 23000 miembros (Hernández y Vera 2017, 21). La Infantería de Marina es una tropa anfibia y fluvial que realiza actividades principalmente en ríos y estuarios. Dada la vocación hídrica de esta institución, sus operaciones se concentran en cuatro grandes vertientes fluviales a lo largo del país: la del caribe, la del pacífico, la del sur y la del Orinoco, con cerca de 9000 kilómetros

navegables entre estas (Hernández y Vera, 2017). Nardo navegó en todas y a Narciso sólo le hizo falta la del Orinoco.

Esta fuerza cuenta con “5 brigadas, 1 base de entrenamiento, 1 comando de apoyo logístico; con 6 batallones de Infantería de Marina, 13 batallones fluviales, 4 batallones de apoyo logístico, 2 batallones de Policía Naval y 1 batallón de Movilidad” (Hernández y Vera 2017, 21) distribuidos en su mayoría, en las regiones surcadas por las vertientes fluviales mencionadas y ha jugado un papel importante en la lucha contra las drogas, vigilando la movilidad hídrica de los narcóticos. Buena parte de las actividades en las trayectorias de Nardo y Narciso tienen que ver con ello, ambos estuvieron asignados en Cartagena, Buenaventura y Puerto Leguízamo, donde patrullaban ríos, costas y muelles bajo esta misión.

Pocas bases de Infantería de Marina, como la de Corozal (Sucre) están en zonas sin grandes cuerpos de agua, cuya instalación obedeció a su ubicación, por estar en un punto intermedio entre el río Magdalena y Coveñas, lugar donde se concentra gran parte de la capacidad de la institución. Algunas personas que conocí en Corozal y que aún viven allá me han dicho que el batallón está feo y “lleno de monte” a diferencia del pasado, cuando el conflicto armado efervecía.

Además de las acciones fluviales la institución forma a sus miembros en diferentes ámbitos relacionados con la guerra, la seguridad y la defensa. Nardo es artillero de morteros, con cursos de contrainteligencia y de cartografía militar, Narciso se formó en buceo, en precisión (francotirador) y en gestión de defensa, esta última le posibilitó ser designado como agregado militar del gobierno colombiano en Honduras.

Similar a otras instituciones militares, la Infantería de Marina tiene una jerarquía interna que organiza a sus miembros en tres grandes estamentos independientes entre ellos; oficiales, suboficiales y soldados, todos tienen la seguridad social separada, clubes de recreación y turismo, así como viviendas y comedores al interior y fuera de las bases militares. Tanto oficiales como suboficiales se clasifican bajo diferentes rangos a los que pueden ascender según los años de servicio en la fuerza. Así, Nardo y Narciso ingresaron como Cabo Segundo y se retiraron con el grado de Sargento Mayor de Comando, después de veintisiete y veintiocho años de carrera militar respectivamente. La estructura y la verticalidad de los rangos militares es muy importante y emana de la antigüedad (años de servicio) que independientemente del rango es también una jerarquía principal. Esto lo

observé constantemente en el ocaso de la carrera de Nardo, algunos coroneles lo llamaban “mi sargento”, poniéndose firmes para rendirle el saludo militar.

En la época en la que Nardo ingresó a la institución los requisitos eran diferentes a los de la actualidad, como no tener tatuajes en ninguna parte del cuerpo pero recuerdo muchos sargentos con tatuajes generalmente ocultados por la guerrera manga larga, la estatura actual exige 1,65m y Nardo Mide 1,62m según su cédula militar, contar con diploma de bachiller, asunto que no ocurría en 1983, algunos hombres que ingresaron con él no habían terminado de cursar la educación secundaria como muestran los relatos en el próximo capítulo.

La Armada es la institución con más presencia en el caribe colombiano y sus múltiples lugares sabaneros, costeros y de serranía. Un gran número de sus miembros son de la región, por lo que en la institución hay varias prácticas culturales caribeñas como los carnavales, estos se celebraban por los vecinos al interior de las instalaciones militares, de niño arrojaba maicena mientras portaba una máscara de marimonda.

Estudios para dialogar con el campo militar

Numerosos estudios académicos han abordado este campo, con coordenadas espacio temporales diversas. De los múltiples caminos que se pueden seguir, la guerra en el contexto del mundo eurocéntrico ha ocupado un lugar predilecto en las narraciones, con producciones de intelectuales de muchas épocas y en géneros distintos, así mismo se ha estudiado la guerra en otros espacios bajo el dominio epistémico occidental, como el célebre caso de las guerras civiles en Japón, explicado dominantemente desde el lugar de enunciación de la modernidad eurocéntrica (Dussel 2007, 15). Pese a la riqueza de trabajos en este tópico, no pretendo hacer una genealogía de los estudios sobre el campo militar; en cambio me interesa dialogar con algunos estudios que cruzan las reflexiones del universo institucional militar con categorías que problematizan las matrices de diferenciación y opresión como género, masculinidad, raza, colonialismo y clase social.

En la academia anglosajona, principalmente en el Reino Unido y los Estados Unidos existe un campo interdisciplinar de estudios llamado *Critical Military Studies,* con una revista bajo tal nombre. A grandes rasgos, se enfoca en cuestionar el poder militar, sus mecanismos de operatividad, su inserción en la sociedad y “cómo las instituciones, prácticas, procesos y geografías militares son el resultado de prácticas sociales y contestaciones políticas” (Basham, Belkin y Gifkins 2015, 2).

Adentrándome en la lectura de referentes bajo esta etiqueta, uno de los primeros argumentos que desestabilizó mi estudio fue el de Cynthia Enloe, quien desde una perspectiva feminista demanda el abandono de "la suposición demasiado cómoda de que es posible encontrar un sentido confiable a los ejércitos, las guerras y la militarización centrando la atención analítica únicamente en los hombres" (Enloe 2014, 4). Este argumento ocasionó que volteara mi mirada a las familias de los suboficiales, enriqueciendo las claves teóricas y metodológicas de mi trabajo.

A medida que fui elaborando los relatos de los sargentos, me enfrentaba con descripciones sobre otras personas, un medio fundamental para que el suboficial pueda significar sus acciones. Inquirí en las ideas de Stefanie Fishel para problematizar a los suboficiales, especialmente aquellos a quienes se les asignan calificativos raciales y étnicos, a quienes la nación construye desde "una explicación destructiva de formas hipostasiadas de identidad étnica que impiden que se formen diferentes comunidades políticas" (Fishel 2015, 140). Así pude entender cómo la nación produce diferencias y vigila que se cumplan mediante las acciones militares.

Pensaba que las experiencias puramente militares como las operaciones bélicas sólo pertenecían al dominio de los sargentos, empero la lectura del trabajo de Pip Thornton me llevó a entender cómo el militarismo se personifica en la vida cotidiana, sobre todo si se tiene en cuenta que en el teatro militar tiene lugar las actuaciones de sus familias, de esta manera me fue posible pensar en una escritura que yuxtapone "mi propia experiencia encarnada de la de aquellos que estaba observando, o al menos mis percepciones de lo que estaban experimentando" (Thornton 2016, 138). Durante mucho tiempo no reflexioné en lo que había significado crecer en batallones, ciertamente estas experiencias producto de la repetición tienden a normalizarse y a no ser pensadas con detenimiento (Miyamoto 2015).

Desde una perspectiva diferente a las anteriores, las célebres reflexiones de Edward Said me resultaron especialmente inspiradoras para comprender que el lugar dominante del universo militar en la historia nacional, al que me refería líneas atrás, guarda una relación colonial porque produce alteridades dicotómicas, por un lado, la de los suboficiales masculinizada y militarizada, de otro lado, "antagonistas y «otros» cuya realidad esté siempre sujeta a una interpretación y a una reinterpretación permanentes de sus diferencias con «nosotros»" (Said 2002, 436), algo que elaboraré más adelante.

Respecto al lugar de la clase social en las instituciones castrenses, aprendí mucho del trabajo de Charles Moskos (1970), quien propone que uno de los efectos de la jerarquía militar es que a los miembros del estamento más bajo (soldados profesionales en el caso de Colombia), no se les otorga una vivienda fiscal, y en cambio devengan con un salario poco competitivo, por lo que "deben hacer sus propios arreglos en el mercado de alquiler local" (Moskos 1970, 68). Esto coincide con mi experiencia, la mayoría de los infantes profesionales que conocí no vivían con sus familias, se quedaban en las barracas, separados de estas, que generalmente habitaban en las apartadas zonas periféricas de las cuales provenían. Pesquisas como esta me hicieron poner mayor atención en las desigualdades propias de las jerarquías militares.

Varios estudios me ayudaron a problematizar el lugar de las esposas de los suboficiales en el mundo militar. En primer lugar, el de Svetlana Alexievich (2015) que si bien se basa en las mujeres soviéticas que combatieron en la Segunda Guerra Mundial, me llevó a pensar que el lugar de las esposas de los sargentos no era tan pasivo como creí en principio, algunas de estas aprendieron a disparar en polígonos militares y tomaron cursos de respuesta en situaciones de crisis, otras vivieron en carne propia la guerra como mi madre que vivió fuertes eventos bélicos en Puerto Leguízamo y Corozal. En segundo lugar, la investigación de Richard Cooney et al. (2011) muestra cómo las esposas son fuertemente afectadas por los constantes traslados y movilizaciones que les ocurren a las familias militares, que ocasionan, por ejemplo, pérdida de ingresos por la dificultad de estas mujeres para mantener un empleo estable, subordinadas a la figura del hombre proveedor. Gracias a este trabajo, hice un ejercicio crítico sobre las relaciones de poder y género entre estos hombres y sus esposas en el cuarto capítulo.

Cuando comencé a indagar sobre las acciones bélicas, los sargentos asumieron una postura muy distinta a cuando narraban el entrenamiento, al principio recurrían a evasivas o decían no acordarse, lo sentía como un terreno de difícil acceso a pesar de nuestros mutuos lazos de confianza. Kimberly Theidon sostiene, a partir del estudio de grupos armados en Colombia, que un rasgo de la masculinidad militarizada producto de experiencias bélicas y entrenamiento militar para el combate es que estos hombres "han aprendido a ser duros e impenetrables, tanto física como emocionalmente" (2009, 27). Esto me motivó a contarles mi propia experiencia, como el miedo que me daba que Nardo no volviera a casa o los muertos que vi, buscando que se abrieran un poco, con lo que noté que para ellos era novedoso hablar de estos asuntos, eran temas que no hablaban con sus familias, ni entre ellos.

Del estudio de Andrea Neira y Andrea Castillo (2020), aprendí la relación de los relatos que produje con los debates públicos sobre la verdad del conflicto interno en Colombia. Según estas autoras las narraciones que escapan de universos institucionales dominantes y producidas por "hombres concretos" ubicados en posiciones subordinadas confrontan las grandes verdades "jurídicas e históricas" porque "desde los entramados subjetivos se configuran verdades incómodas pero necesarias" (2020, 124).

Dos autores me impulsaron a escribir los hallazgos de la exploración de asuntos que se tornan personales, como las relaciones entre mis padres y algunas de mis experiencias en el mundo militar. El primero es Philippe Bourgois (2010), cuya obra me empujó a pensar la relación entre la violencia estructural y el destino social que vivieron los suboficiales, especialmente Nardo, aliviando el peso de mis prejuicios porque muchos sentidos y acciones en su vida son producto de una marcha fúnebre por el hambre y el oprobio, una senda estrecha que lo constriñó mientras se abría paso por ella. El segundo, César Tapias (2014), quien al estudiar a su propia familia como un microcosmo social me mostró cómo desprenderme de concepciones falsas de objetividad y, por el contrario, encontrarme en medio de esta disertación, "esto que transcribo no puede dejar de ser personal, autobiográfico, autoetnográfico" (Tapias 2014, 129). En la escritura de estas experiencias encontré cierto refugio, superando la vergüenza que sentía al principio por la violencia entre mis padres, el alcoholismo de Nardo y el sufrimiento de mamá. Ciertamente producir una escritura situándome en la investigación me ayudó a lidiar con asuntos que inútilmente traté de olvidar por años.

La obra de Ana María Forero (2017) que ha analizado las narrativas militares en Colombia, ha sido muy importante para la delimitación de esta investigación. Me permitió problematizar el pasado republicano, donde se originaron las ficciones históricas que animan a las instituciones militares. También me permitió explorar en los relatos de los sargentos a sus enemigos armados, los cuales resultaron un medio vital para comunicar su lugar de referencia. Seguí decididamente la invitación de esta autora a explorar los significados en las narrativas militares.

Los trabajos de Marta Zambrano (2000, 2008, 2016, 2017) fueron de ayuda en varios niveles; me incitaron a problematizar las relaciones entre historia, memoria y las narraciones del mundo militar, buscando las matrices de opresión y diferenciación en los significados de

los militares o situando el género de manera concreta en este estudio. Sus escritos colmados de belleza me animaron a despertar sensibilidad en mi escritura.

Para cerrar, el pensamiento de Mara Viveros (2002, 2011, 2013, 2016, 2021a, 2021b) ocupa un lugar cimero en esta investigación, pues me habilitó a tejer puentes analíticos en "múltiples" direcciones, a partir del análisis situado y contextual de la masculinidad, es decir como el producto de relaciones en un espacio, en un tiempo y en universos simbólicos e institucionales concretos. Gracias a su florida obra, citada a lo largo de este texto, analicé y problematicé las narraciones desde coordenadas diversas, que estremecieron el objeto de estudio como mis propias ideas sobre lo que significa ser hombre.

2. La nación camuflada

Este capítulo explora los lugares que han ocupado Nardo y Narciso en el espacio social (Bourdieu 1990), las condiciones que posibilitaron sus ingresos a la Infantería de Marina en los años ochenta y cómo esta institución los situó y legitimó en una posición masculina específica a partir de entrenamientos y acciones relacionadas con la guerra.

El camino a Coveñas

No es un camino hecho para todos los hombres de la nación, más bien para los hijos de campos borrascosos como Nardo y de barrios mestizos como Narciso. Por él transitan un cúmulo de hombres sin apellidos compuestos o de pieles oscuras.

En 1987, Narciso habría podido heredar el oficio de albañil de su padre, pero al comenzar a ejercerlo decidió ingresar a la Infantería de Marina:

> *Narciso*: Cuando iba a iniciar el 87, a mi papá le salió un trabajo para San Andrés islas y me llevó como ayudante, yo no quería ir porque ya había hecho los papeles para comenzar el curso. Allá duré un año, pero ese año que duré me fortaleció de que yo tenía que prestar el servicio militar, servirle a la patria ¿Por qué? Si tu bien recuerdas en la historia dice que San Andrés es de Nicaragua, entonces yo veía allá muchas situaciones de que los nicaragüenses querían tomarse San Andrés islas y yo a San Andrés lo sentía como mi país, como una tierra de Colombia. En el momento que yo llego en el 88 inmediatamente, el 4 de mayo ingresó como Infante de Marina. (Entrevista 11)

“Escucha Narciso, yo no quiero esa vida para ti”, le repetía inútilmente su padre inquieto por el murmullo de la muerte escondida entre botas y jinetas. Con la puerta abierta entre las ondas de calor, compartieron un almuerzo de despedida. Su plato favorito, mazamorra de plátano con yuca y carne frita. Aunque ya había tomado la resolución de dejar atrás el cobijo del hogar le costó sujetar la cuchara por el sudor en sus manos. “Todo irá bien”, le dijo su madre, él simplemente no pudo evitar preguntarse con cierta ansiedad cuándo volvería a casa.

Las experiencias de los dos sargentos no son análogas y lamentablemente, la opción militar no ocurre siempre así, en el calor de la familia. Hacia finales de 1982, Nardo estaba a

punto de recibirse como bachiller en el Liceo de Urrao. En esta época, además de estudiar, trabajaba en oficios de limpieza en bares, cantinas o restaurantes porque al crecer en una familia numerosa y con muchas limitaciones económicas los recursos y la comida no abundaban. Es el quinto hermano entre doce, su estancia en el hogar familiar estaba por acabar. Tenía las siguientes “opciones”. Primero, trabajar el campo como su padre, mayormente en el cultivo de café. Segundo, graduarse como el mejor bachiller de la promoción para optar por una beca universitaria del municipio. Y finalmente el ejército, que en ese entonces requería presentarse obligatoriamente.

A comienzos de 1983, Nardo se dirigió a Medellín, la primera vez que dejaba el pueblo atrás. Todo lo que llevaba consigo eran siete mil pesos, que con esfuerzo juntaron entre su padre y él durante las semanas anteriores recolectando café.

Figura 1. Café cultivado por la familia de Nardo

Fuente: captura propia, Urrao 2017. Pentax K1000, 50mm f13 1/100.

Antes de salir de casa su madre lo persignó, en la región antioqueña es común despedirse de las mujeres mayores de la familia de esta manera, mientras recitan “Dios y la Virgen lo acompañen”. Sería la última vez en muchos años que besaría sus manos, su rostro. Aquella mañana el viento soplaba tenue, impregnando el ambiente con el dulce aroma de los cafetales y tras el canto de los pájaros, lentamente el sol devoraba el campo, parecía que

iluminaba su camino, su esperanza. En el trayecto estaba ansioso, tenía muchas expectativas de la ciudad, pero le temía.

En esta época de su vida lo azotó un tormento producto de lo que Alejandra Martínez llama "incomodidad" de género (2019, 100), derivada de la incapacidad de cumplir las demandas innatas a su posición sexuada, lo que el abuelo Juan le había repetido durante los años de jornal en la pequeña parcela familiar: "*tiene que ser fuerte, confíe y pídale sólo a Dios, el único que estará hasta el final"*. Nardo llegó a la casa de sus abuelos maternos en Medellín, en el barrio La Esperanza de la Comuna 6 (Doce de Octubre). En esa época, la ciudad contaba con el 29% de la población en situación de pobreza (Dane 1989, 54) y un 20% de los hogares con necesidades básicas insatisfechas (1989, 357). En la actualidad, la Comuna 6 cuenta con el 56% de los hogares en estrato social bajo y tasas de desempleo superiores a las del promedio municipal (Alcaldía de Medellín, 2021). Por este barrio habían pasado sus cuatro hermanos mayores, siguiendo la exigencia del abuelo: "mi papá tenía esa fórmula, apenas uno terminaba el Liceo tenía que buscar qué hacer lejos de la casa". En aquella casa no había una figura masculina y él tuvo que ser el hombre de la casa con el peso que ello implica, no soportaba no poder comprar el mercado, no tener un trabajo respetable. Las pocas oportunidades laborales no le posibilitaron sortear las exigencias que se esperaban de él y lo consumió la ciudad; a falta del resguardo del fogón de leña de la casa familiar se refugió en el cáliz de la calle, el bazuco, durante muchas noches viajando en nubes de humo a la "locura" (Bourgois 2010, 106):

> *Adrián*: ¿En la calle qué tomaba, ¿qué fumaba?
> *Nardo*: De tomar casi no, más que todo era puro vicio, vicio seco. [Pausa prolongada, se rasca los brazos y evita mirarme] Bazuco. Es que en ese tiempo no era sino vicio. La gente sí tomaba, había mucho estadero, uno que iba a ir por allá, si uno andaba mal vestido, mal presentado, casi que sin plata. Entonces lo que conseguía por ahí se lo regalaban o llegaba otro man por ahí y le daba a uno… o uno hasta se gastaba lo que conseguía por ahí comprando esa güevonada [quiebre en su voz]. Yo lo que hacía era convivir con el vicio, con los viciosos, pero los viciosos digamos que de "clase", por allá en esos barrios no hay "desechables" (...) Eso fue un año muy… ¡perdido!, yo siempre lo tengo como mala experiencia por eso, porque se perdió y casi me pierdo yo también. (Entrevista 4)

Finalmente entendí las miradas de desconfianza que las tías le posaban cada vez que íbamos en diciembre a celebrar navidad y fin de año y porque él, que se mostraba tan feliz de ir, se esforzaba mucho para pasar poco tiempo en esa casa. Molía el maíz para la natilla temprano en la mañana y prendía el fogón en el patio, pero al final de la tarde cuando la servían ya no estaba, un ausentismo presente. De sus familiares le gustaba mucho ir a visitar a su tía Eloísa, una hermana mayor del abuelo que hacia 2002 vivía sus últimos años en un convento a las afueras de la ciudad, la paseaba en su silla de ruedas por los jardines del lugar, la imagen más bella que tengo de él. Su vínculo se estableció en 1983 durante el tiempo que la calle habitó en Nardo, ella lo buscaba y le llevaba ropa, productos de aseo y continuó haciéndolo hasta que se graduó de la escuela de suboficiales de la Infantería de Marina. Su hermana mayor también lo buscaba, sin suerte alguna por los barrios vecinos, donde decían que le veían hecho andrajos, inmerso en el rumbo de la pipa. De Eloísa se dejaba encontrar a sabiendas que una monja, una figura femenina que personifica, entre muchas cosas, la caridad (cfr. Loaiza 2011) no lo juzgaría y encontraría a sus pies el alivio suficiente para expresar fragilidad, para dejar la máscara masculina en juramentos sembrados con llanto. Para su suerte, en los años venideros antepuso sobre esta imagen la del militar, un hombre fuerte, proveedor, gracias al régimen de sanidad militar que cobija a Adelfa, mi abuela, aunque las luces de la desconfianza iluminan los ojos de las tías, aunque todavía patrulle con pistola a la cintura las mismas calles, buscando saldar una última deuda.

Siguiendo las pistas de su historia en Medellín antes de ingresar a la Infantería de Marina conocí a Nardo, el hombre más allá de la palabra papá. ¿Cuánto tiempo ha pasado ocultando su corazón? Fui feliz de verlo sin antifaces. Todo comenzó cuando conversamos en profundidad sobre la casa familiar porque yo pensaba que esta la había levantado el abuelo y la abuela, sin embargo, su historia es más profunda. Esa casa fue originalmente construida por el papá de mi abuela, Manuel, a mediados del siglo XX y fue adquirida por mi abuelo luego de la muerte de la mamá de Adelfa, comprando los derechos de sucesión a los otros hermanos de mi abuela, imagino el orgullo del abuelo porque la familia de su esposa nunca lo quiso, a ella le decían: “se casó con un negro”. Quien les ayudó a tramitar la compra fue Vicente, un viejo compañero del Liceo de los hermanos mayores de Nardo, quien también era abogado y al igual que él, hinchaba con fervor por el Aguardiente Antioqueño. Durante el desarrollo de esta investigación, a comienzos de febrero de 2023 Nardo me invitó a Medellín, donde mantuvimos conversaciones sobre la casa y me llevó a recorrer uno de sus sectores favoritos, La Candelaria, por donde también deambulaba Vicente.

Tomamos el colectivo con destino a La Candelaria frente a la casa, la abuela y la tía Eucaris, hermana mayor de Nardo nos miraban por la ventana, cuando abordamos el bus noté que nos persignaban desde adentro, me pareció extraño porque ya nos habíamos despedido y esa era la segunda persignada, como si necesitara una defensa adicional. Nos bajamos en cercanías del Parque Berrío, hacía un calor insoportable, pero sin sol, todo era gris y con cada inhalación se me secaba la boca. Nada florece acá, pensé, por la alta concentración de partículas y gases contaminantes en el sector (Universidad Nacional, 2023). Esta es la Medellín favorita de Nardo en la actualidad, porque en 1983 no tenía el capital para entrar en ella a diferencia de Vicente, quien a finales de los años noventa le enseñó el sector. La Candelaria concentra gran parte de la historia industrial de la ciudad, yo en mi ingenuidad había llevado una guía cultural que señalaba los principales museos y edificios antiguos con la esperanza de conocerlos pero no podía estar más equivocado, porque en las horas que estuvimos allí no salimos de los antros escondidos bajo la Línea A del metro y el abundante comercio callejero, entre las estaciones Parque Berrío y San Antonio, cantinas impregnadas con el nauseabundo olor del café quemado en las grecas y los orinales sin agua. “Esta es la Medellín de los cuchos, de los bohemios” me decía, mientras de fondo sonaba Paisaje Colombiano de Los Visconti: “bebí tu aguardientico y me embriagué”, tarareada por él y por un señor de traje desgastado a quien le lustraban los zapatos en una mesa contigua. En ninguna parte lo ví tan cómodo como allí, una sonrisa genuina acompañaba sus historias, en estos lugares, donde se congregan los fieles feligreses de la Fábrica de Licores de Antioquia se sentía en casa. Derramó un pequeño chorro de licor a nombre de las “benditas ánimas del purgatorio” y luego bebió, mientras yo recordaba la úlcera que lo acompaña hace unos años y por la cual le prohibieron toda ingesta de alcohol, pero callé, me conmovía verlo, como si abrazara su fin, porque ahora puede genuinamente disfrutar de la ciudad a diferencia del pasado.

Una situación de la vida de Nardo en 1983 que me llama especialmente la atención tiene que ver con su experiencia personal de las consecuencias de un tipo de violencia sin licencia ejercida por colectivos privados y que media la relación entre clases en ciertos espacios:

> *Adrián*: ¿Cómo era Medellín en el 83?
>
> *Nardo*: En esa época, Medellín en el 83 era bastante pesado, estaba en pleno apogeo el narcotráfico, estaba en pleno Pablo Escobar dando bala, poniendo bombas, reclutando gente pa’ la Hacienda Nápoles, que eso era un centro de entrenamiento.

Consiguiendo sicarios y entrenando por allá en Bello, entonces uno por ahí en la calle se codeaba con toda esa gente y entonces le hacían a usted hasta invitaciones, que echara p'allá, que eso era una buena vida y salían los buses para la Hacienda Nápoles los lunes y regresaban los sábados con la gente, era como una escuela de sicariato, de entrenamiento, la situación estaba muy pesada. Fuera de eso el gobierno también tenía un grupo de limpieza en esa época se llamaba dizque "Seguridad y Control", operaba me imagino que era al lado del DAS, entonces eso lo que cogían por ahí en la calle mal ubicado también le iban era dando. En Medellín en esa época estaba muy pero muy bravo, pa' sobrevivir estaba muy berraco.

Adrián: ¿Y usted pensaba que esas limpiezas le podían… tocar a usted?

Nardo: Yo pensaba, claro, porque es que yo a veces hasta dormía en la calle. Por allá me conseguía dizque cuidando carros en las cuadras, y resulta que uno como mantenía mal alimentado y mal comido y desordenado en la calle, pues se quedaba por ahí dormido. En esos carros, entonces qué pasaba, que esos manes eran como patrullando, pasaban patrullando por los barrios. A más de uno que encontraban por ahí con vicio y que robaba y todas esas cosas, lo iban quebrando… Uno pensaba que en cualquier momento le pasaba eso. Yo mantenía en el barrio Miramar, mantenía en Robledo, mantenía en el 12 de Octubre, París, que esos barrios de Medellín han sido bastante calientes. Y yo ya tenía miedo, porque ya me habían asustado, ya me habían correteado, como dicen por ahí.

Adrián: ¿Quiénes?

Nardo: Supongamos que eran los mismos tipos de la cuadra que lo veían a uno que llegaba por ahí [quiebre de voz, tose y bebe el último sorbo de la taza de café] varias veces me tocó salir corriendo porque la gente salía detrás mío, con machete, hasta haciéndome tiros. (Entrevista 3)

Correr, escapar ¿hacia cuál salida? El frío le llegaba al corazón. Detrás, en la lejanía de sus sueños, yo lo puedo ver, dice. Está allí el recuerdo del rostro de su madre condenándole. No duerme, expectante de la risa siniestra de los hombres que le persiguen con lista en mano diciendo: el siguiente, el siguiente.

Infante de Marina: "arma lista y decidida"

Los campos hambrientos allanan el camino, donde muchos jóvenes agotados deambulan sin rumbo, entre los colosales muros de la clase, la raza y el género. Ahí está

también el lugar de las instituciones militares, una cara del muro por la cual escalar. A Nardo y Narciso les tomó casi treinta años y entre guardias, prácticas de tiro, de atletismo o ascensos se convirtieron en quienes son, adquiriendo y ostentando nuevas formas de masculinidad.

Es muy problemático afirmar que en el universo militar todos los hombres comparten las mismas coordenadas masculinas, porque estas cambian según la jerarquía y las acciones desarrolladas. Los suboficiales transforman su masculinidad mediante una "socialización de género", entendida desde Viveros como la incorporación de "comportamientos, actitudes en torno a cómo ser, sentir y pensar como varón (o mujer)" (Viveros 2002, 123). Estas socializaciones toman distintas caras a lo largo de una vida; la primaria, en donde "los varones interiorizan un primer conjunto de representaciones en torno a la identidad masculina cuyo contenido es transmitido por el mundo social de la familia (…) y el universo institucional de la escuela" (Viveros 2002, 124); y la secundaria, que tiene que ver con la asimilación de saberes relacionados a la "división del trabajo" y localizada en "universos institucionales" (Viveros 2002, 125). A continuación, describiré a partir de los relatos de los suboficiales algunas características de esta socialización secundaria, en la que se funda una forma de ser hombre y militar. En muchas ocasiones escuché decir a diferentes militares que allá uno se *vuelve hombre*. Nardo y Narciso nacieron como hombres en una nueva familia en la segunda mitad del decenio comprendido entre 1980-1990, al graduarse en los cursos de suboficiales 050 y 056, de la desaparecida Escuela de Guerra Anfibia.

En la época en que los dos desarrollaron su carrera militar, uno de los aspectos más relevantes para comprometerse con la posición de suboficial era el entrenamiento. Ellos mientras estuvieron en actividad nunca dejaron de entrenar, es más, quien no se mantenía en forma difícilmente lograba desarrollar una carrera prolongada, pues en los cursos de ascenso median el desempeño corporal y era obligatorio para estos dos suboficiales presentarse todos los días antes de las 6:00 a la formación matutina, seguida de una sesión de trote de al menos tres kilómetros. Recuerdo oírlos pasar trotando frente a casa mientras me alistaba para ir a la escuela, primero un eco casi inentendible seguido de un estruendo de voces que repetían algo como: "*en una noche oscura de horrible tempestad, llegaron los camiones; en segundos a embarcar. Mi Primero va adelante, mi Cabo va de atrás. Combato con furia yo no tengo miedo. En tiempo de guerra me porto valiente…*"

La Infantería de Marina en Colombia cuenta con un centro de formación de suboficiales que según la historia institucional data de 1956, con distintas sedes y nombres

desde la fecha. La denominación de la instalación actual es Escuela de Formación de Infantería de Marina (EFIM), ubicada en el municipio de Coveñas-Sucre, la cual reemplazó a su análoga Escuela de Guerra Anfibia que operó de 1979 a 1990, lugar donde Nardo y Narciso tuvieron su formación militar inicial:

> *Narciso*: Yo soy curso 056, en ese tiempo era Escuela de Guerra Anfibia, se llamaba EGAN. (…) ¿Qué pasó con la Escuela de Guerra Anfibia? Cuando inicia el tratado de paz, las ONG, las organizaciones de las Naciones Unidas (...) vieron que la escuela donde se formaban suboficiales no coincidía con lo que ellos querían. Porque supuestamente escuela de guerra anfibia decían que estaban entrenando para la guerra, más no para la paz. Por la cuestión de la palabra guerra. (Entrevista 10)

En la Infantería de Marina hay especialidades que requieren cursos específicos como combate fluvial, artillería o buceo. Aunque la demanda corporal de los cursos es muy similar hay un aspecto muy relevante de la primera etapa de formación, cuando el recluta aún no se ha recibido de cabo, cuando todavía no es un suboficial. Como afirma Evans (2020), en la formación temprana ocurre un desplazamiento corporal del recluta, del joven que cuando ingresa a la carrera militar, transforma su cuerpo bajo esquemas de disciplina y rutina. Para este autor “el cuerpo humano es la materia prima para la guerra, que es experimentada y reproducida a través del cuerpo” (Evans 2020, 42). Aunque la tarea fundamental es la preparación para la guerra, los códigos apuntan a diferentes direcciones, como he afirmado tienen que ver con la familia, la nación y el ser hombre.

En circunstancia alguna, ninguno de los dos se sintió cómodo con el entrenamiento para reclutas. Si bien tenían cierto grado de convicción y un botín asegurado al final del viaje, aún hoy no vacilan al afirmar que era muy duro y en ocasiones cuestionan alguna de las acciones de sus superiores, especialmente porque en la actualidad existe un protocolo de Derechos Humanos que evita ciertas situaciones como las que vivieron en carne propia. En estos cursos de formación de suboficiales ingresaba un número de aspirantes muy superior a quienes lo finalizaban. Por ejemplo, con Nardo ingresaron otros 134 aspirantes de los cuales 60 se graduaron y menos de 10 ascendieron a Sargento Mayor. Nardo llegó con dos pesos en el bolsillo y la maleta llena de sueños, importaba mucho las condiciones sociales de cada quien, fallar para Nardo era retornar a calles grises ocupadas por el hambre y la muerte, a Narciso siempre lo esperaría un plato de mazamorra caliente sobre la mesa:

Narciso: Llegando yo a Coveñas, uno entra nervioso porque empiezan los suboficiales, más los dragoneantes en esa época. Los dragoneantes tenían mucho respeto de uno hacia ellos, un dragoneante era un infante con un distintivo y más temor me dio. Duré prácticamente tres días con la misma ropa… Éramos más o menos tres mil jóvenes en diferentes lugares, no podíamos bañarnos, el agua de Coveñas en ese tiempo era muy desagradable, muy puerca, muy gruesa y eso daba dolor de estómago, era mejor no tomarla. Al quinto día tomé la decisión de volarme. (Entrevista 10)

En los años ochenta, la preparación para suboficiales tenía la duración de un año a diferencia de la actual que tarda dos. De hecho, Nardo ingresó al curso como infante de marina con cuatro meses de servicio prestados y su cursó fue de solamente 9 meses. En todo caso, según ellos, en ningún otro momento o lugar de sus carreras militares enfrentaron una dificultad como la del primer curso. Durante una entrevista Narciso bromeó sobre el rigor físico en los entrenamientos; "el entrenamiento tiene que ser tan duro para que la guerra o el enfrentamiento sean un descanso" (Entrevista 12). Una cuestión muy interesante de las duras rutinas de entrenamiento grupal es que genera entre quienes las toman un sentido de familia, como si el sufrimiento del entrenamiento los uniera. Algo que ayuda a situar la humillación corporal a la que son sometidas estas personas durante su formación militar es este hecho que le ocurrió a Nardo durante su formación en la clausurada Escuela de Guerra Anfibia:

Adrián: ¿Cómo era la relación ahí entre cursos?

Nardo: Allá el problema era el siguiente, que cuando uno entraba, como en el caso mío yo fui curso 50, entonces el curso 50, entraba y el tal curso 49 estaba a dos o tres meses de graduarse. Nos tocaba con ellos ahí y esos manes sí era unos HP hermano, como ya se creían cabos, nosotros éramos los barrenderos de ellos. ¡No! eso nos sacaban unos, pero unos… como dicen allá vulgarmente: unos mierderos, porque eran muy abusivos.

Adrián: ¿Qué hacían?

Nardo: A trotar dos o tres horas con dos fusiles, ni siquiera con uno. No, que, porque la cama quedó mal tendida, porque las botas no están bien emboladas que, porque lo mandaban a barrer y no barrió bien que, porque se movió en la verraca fila, que estaba pasando revista y le quedó por aquí un pelito [señala su rostro, como indicando el crecimiento de vello facial] entonces esos desgraciados, a usted lo cogían ¡*tum hijueputa*! Todo era pura resistencia física, y los fines de semana para salir de permiso

> ¡uy no! Había que pasarles por ahí tres o cuatro veces, la encharolada a la bota y nada hijueputa, no le pasaba la prueba. Así le brillara no se la pasaba, por pura maldad o llegaba el hijuemadre y la dejaba caer o la pisaba de aposta o dizque de accidente llegaba y le tenía un trapito aquí [imita la acción de sacar algo del bolsillo del pecho], había unos manes muy maldadosos, como mojadito de ACPM y se lo pasaba. Ahí mismo quedaba el brillo, vaya sáquele un hijueputa ACPM a eso, otra hora dándole. A mí una vez me pasó, un hostigamiento muy jodido. Pero es que eso va dentro de la disciplina. Son situaciones como de crisis entonces a ver qué resistencia tiene el alumno, si se insubordina entonces ahí mismo lo sacan del curso. (Entrevista 5)

Aún hoy Nardo justifica este tipo de tratos humillantes porque forja cierto temple necesario para el oficio militar, el cual reprodujo en su carrera, él era muy duro con los soldados y cabos. Hay un recuerdo que me persigue sobre cómo los trataba:

> Volvía con mi padre del pueblo en su moto, una Yahama DT 125. Para llegar al barrio de suboficiales donde vivíamos, había que pasar por las inmediaciones de la Coal, el lugar donde comían los soldados y el personal de jerarquía más baja. Manejaba a baja velocidad porque era una zona de mucho tránsito peatonal. Delante de nosotros, un soldado que volvía de comer con su plato, pocillo y cuchara, cruzó la calle, estornudando un par de veces. Nardo detuvo la moto y fue tras este, quien al notarlo volteó erguido y llevándose la mano a la frente le contestó: como ordene mi Primero. En su expresión se notaba el temor, parecía que había hecho algo incorrecto. El sargento lo cuestionó por estornudar sobre sus utensilios y procedió a ordenarle realizar unas flexiones de pecho, el calor era tal que busqué refugio a la sombra de una palma, mientras observaba el espectáculo: una, dos, tres repeticiones, al soldado le costaba mantener el ritmo, como si en cada flexión ganaba cien kilos. Al cabo de un par de minutos el soldado se tumbó en rodillas y vomitó lo que parecía ser su almuerzo poco digerido. No contento, Nardo le ordenó que se incorporara y lo llevó a un grifo cercano, donde lo vigiló mientras lavaba sus utensilios. Volvió a la moto, le recordó la higiene y le dijo que no quería ver el reguero la siguiente vez que pasara por allí.

En Coveñas durante el día cuesta distinguir cualquier objeto a la distancia porque el calor forma una bruma que desdibuja las formas. En este lugar, donde los insectos batallan por la sombra de los mangales existe un mal temido por las personas, el golpe de calor que

cada tanto atrapa a un par de militares. En estas condiciones, la creatividad de los instructores tornaba algunas pruebas desconcertantes:

> *Adrián*: ¿De esos que no se graduaron alguno se rompió, porque no aguantaba?
> *Nardo*: Se insolaban porque allá, como hace tanto calor… Nos fuimos para un entrenamiento en el área, allá sacaron a la mitad. Lo ponían a pasar una concertina. ¿Qué es una concertina? Por ejemplo, abren una zanja por ahí media cuadra. A orillas de la zanja hay hogueras, eso está todo en los manuales de la Infantería de Marina, que es copia de los gringos. Los gringos van a dar instrucción allá o mandan los manuales, acá los transcriben los acondicionan a la doctrina colombiana, esos manuales vienen de Estados Unidos. Entonces adivine lo que hacían con esa zanja, esos arbustos que estaban ardiendo se los echaban, o sea como brasa y llenaban esa güevonada de eso, de esos palos con brasa y encima de esa güevonada le ponían alambre de púa. Jueputa y empiece de allá pa'ca, una fila y métase por ahí por debajo, el que estaba muy de malas se pegaba su quemón, obvio pues los putos tizones ahí… el que se pegaba su quemón y se quería levantar tome hijueputa el alambre, ¡JAJA! ahí arriba. Eso ahora lo prohibieron porque estaba un poco pasado. Yo me pegué como dos quemones con esos tizones. (Entrevista 5)

A pesar de que el entrenamiento consistía mayormente en actividades físicas pesadas, durante los meses de permanencia como reclutas los suboficiales asistieron a clases de historia de Colombia y de la institución, de matemática, geografía, entre otras que a diferencia de las instrucciones militares eran impartidas por profesores "civiles". Nardo recuerda haber cursado estas clases con facilidad dada su condición de bachiller graduado, lo cual no era una generalidad entre los reclutas:

> *Nardo:* Lo que le enseñaban esos profesores era muy básico. Eso ya lo sabía uno, era como por cumplir el requisito. Bueno, lo que pasa es que ahí también en esa época metieron unas personas que eran como de cuarto de bachillerato, porque necesitaban mucho suboficial y los bachilleres no completaron el cupo. No alcanzaron, entonces nos revolvieron ahí con unos regulares [así llaman en las instituciones militares a quiénes prestan el servicio militar obligatorio, es el rango más bajo en cualquier fuerza militar en Colombia] que ya tenían más tiempo de estar prestando servicio y que por comportamiento y por buena conducta *¡tran!*, los metían a que siguieran curso de suboficial, eran dizque dragoneantes. Entonces eso se engrosó con gente de

> todos los niveles, bachilleres, gente de cuarto de bachillerato, esos dragoneantes tenían quinto de primaria, no sé. Entonces uno de bachiller, yo y otro man de Bucaramanga siempre ocupábamos los primeros puestos y nos mandaban pa' la casa de licencia, de permiso por ahí cada tres meses. (Entrevista 6)

A diferencia de estos suboficiales, recuerdo a varios soldados regulares y profesionales que difícilmente sabían leer. Por eso la importancia de problematizar las posiciones que ocupan diferentes hombres en la jerarquía de la institución. Cuanto más profundo veo en ella, hallo cuerpos en las sombras atravesados por banderas como la etnicidad, la tonalidad de la piel, la geografía. Respecto a la última coordenada, Rivera apunta que aproximadamente el 32% de los oficiales -en contraposición a los suboficiales- de las fuerzas militares provienen de Bogotá y del interior del país (Rivera 2016, 48). Mientras más abajo se inserta el sujeto en la jerarquía institucional menor goce de capital cultural, de pan y rosas.

En las narraciones de los protagonistas de este trabajo, la rutina de ejercicio físico emerge como uno de los elementos más repetidos durante la carrera, varias veces a la semana dedicaban entrenamientos conjuntos o pruebas de trote de resistencia, para mantener un estado y estilo apropiado según los parámetros institucionales. Un relato evidenciaba que, si encontraban a un soldado con el cabello largo, lo obligaban a realizar una gran cantidad de flexiones de pecho y luego lo llevaban a trote a la peluquería del batallón. Hay una relación inmanente entre la rutina de esfuerzo físico y el cultivo de la disciplina. Recuerdo nítidamente a *peinilla*, quien durante años en mi estadía en el batallón de Corozal me cortó el cabello de manera muy simple, la guía número uno a los lados y la dos arriba.

Entrenamientos y humillaciones corporales como las que he descrito en este apartado difícilmente se volvieron a repetir en su trayectoria futura. Pero sin que nadie los volviera a despertar para ir a trotar, lo hicieron con entusiasmo hasta el final de sus carreras. Estas experiencias aseguraron una práctica de obediencia sólida: lustrar las botas, vestirse en un minuto o hacer veintidós de pecho formaron una forma de ser.

Sara Ahmed (2015, 37), en referencia a algunas estudiosas feministas como Judith Butler, señala que "las formas sociales (tales como la familia, la heterosexualidad, la nación) (…) son efectos de la repetición". En concordancia, aspectos como la obediencia a la norma, la consagración a un régimen corporal estricto, producen una subjetividad particular militarizada, en este caso (cfr. Parrini 2019), bajo un medio práctico, la movilidad social. Al

ingresar a la carrera militar se adopta una disposición corporal generalizada en sus miembros que se puede visibilizar en un corte de cabello bajo, en el cultivo de la higiene, en una rutina de ejercicio físico, y en la adquisición de saberes relacionados con la guerra.

Figura 2. Nardo cuando era Cabo

Fuente: archivo familiar. Cartagena, circa 1988.

La guerra: fetiche y tragedia

> *No me gusta hablar mucho de eso, pero ya que me pregunta marica… Ese del ELN que me tocó matar que le dije, se me parecía mucho a mi hermano, era joven y mono como él, barbado… Después de eso tuve el sueño que por la mira del rifle veía a mi hermano, era él a quien estaba disparando, a quien di de baja en el sueño… Ese sueño lo tuve varias veces.* (Entrevista 1)

Uno de los asuntos que más recuerdo de mi afiliación a las instituciones militares es la guerra. No solo porque algunos batallones en los que viví fueron atacados o por las incontables noches arrodillado en la cama recitando la oración al ángel de la guarda para que papá volviera a casa. Sobre la guerra, los combates y en general a las acciones bélicas tuve dos tipos de acercamientos: como fetiche y como tragedia.

En caso del fetiche, en particular entre los soldados profesionales y los grupos de combate especializados cuya presencia fue muy común durante los gobiernos de Uribe, como contraguerrillas, fuerzas especiales, fuerzas de despliegue rápido, entre otras. Circulaban vídeos de masacres, fotografías de autopsias, grabaciones y registros realizados con sus celulares que los mostraban manipulando cadáveres (jugando con su genitalidad o introduciendo el fusil por ellos). Nos compartían estos materiales entre risas, al punto que no me resultaba extraño, ya había imaginado la muerte de mi padre y la mía muchas veces. Ya habían muerto amigos y soldados que trabajaron en la casa, que me enseñaron a montar en caballo, que nos recogían a la salida del Liceo. Nos dejaban jugar con sus armas descargadas, me enseñaron a desarmar y limpiar distintos tipos de fusiles, pistolas, lanzagranadas y miras ópticas. Por el contrario, mi padre nunca me compró o permitió tener en casa armas de juguete, ni hondas para pájaros. Cuando lo pienso, me resulta extraño, quisiera preguntárselo. Trataba de alejarme de estos juegos, pero durante toda mi infancia y parte de mi adolescencia sus armas de dotación, un fusil M16 y una pistola Colt calibre 45 con sus respectivas municiones siempre estuvieron guardadas en su clóset, sin llave alguna, aun cuando estábamos solos en casa mi hermano y yo. Qué extraña sensación volver al frío del cañón entre mis dientes porque en mis recuerdos encuentro felicidad a sabiendas que participé de una oda a la muerte. Bajo máscaras y antifaces la vida sigue su ritmo.

Como tragedia, por los alaridos de las madres que iban al batallón a identificar a sus hijos, por la mirada vacía de Narciso arrebatándole el cadáver descompuesto de su hijo al

Magdalena, por la confusión de los vecinos del barrio naval cuando el señor Barrios, un suboficial que junto a su pelotón cayó en un campo minado y fue el único sobreviviente, retuvo varias veces a su esposa e hijas de mi edad con arma en mano, amenazando con acabar sus vidas. Por las numerosas visitas a sanidad militar y sus gélidos pasillos habitados por hombres mutilados.

Algunos apartes de este escrito, al tratarse de vivencias de guerra relatadas durante el trabajo de campo, contienen formas crudas de violencia, lo cual corre el peligro de leerse en clave voyerista. Para evitar este perjuicio quisiera retomar la exhortación que hace Bourgois en su célebre obra, *En busca de respeto;* "hablar abiertamente y enfrentar el profundo dolor" (Bourgois 2010, 48) que los hechos de la guerra pueden provocar en tanto estos hacen parte de una práctica específica de sociabilidad promovida por estructuras e instituciones como las fuerzas militares. Las acciones de los agentes guardan una profunda relación con la forma de hacer nación, con un destino social impuesto a ciertos hombres.

Para los suboficiales que protagonizan esta investigación, las acciones bélicas como el mando de tropas constituyen el epicentro de sus carreras y trayectorias. Durante el desarrollo de las conservaciones con ellos este fue un asunto difícil, no les gusta hablar de ello. A la vez, sobrevivir a ellas les despierta orgullo e identificación:

> *Nardo:* Si uno quiere contar algo en la historia o ser un militar neto o efectivo, es mejor tener atentados o tener enfrentamientos, porque entonces qué va a salir a contar a la calle (…) de un militar de, digamos de pura sangre, como llamo, es mando de tropa, porque los militares pueden existir; logísticos, administrativos, de inteligencia, pero el militar neto, neto, es tropa. (Entrevista 2)

La Armada Nacional está compuesta de dos ramas, la naval y la infantería. Nardo y Narciso fueron infantes de marina con tareas dirigidas sobre todo al patrullaje:

> *Narciso*: El Naval no patrulla, no sudaba, no olía a monte. Ellos trabajan en la parte administrativa y logística. (Entrevista 13)

Escuché con frecuencia de sus labios la manera como se ubicaban éticamente por estima de los oficiales por dos razones. Por su cercanía y vida dentro de la tropa como describe Narciso en el extracto citado líneas arriba y por su participación directa en los combates, cuestión para nada común dentro de la oficialidad a menos que hicieran parte de unidades especiales. Nardo y Narciso, temprano en su carrera militar hasta el anteúltimo

rango (sargento primero) participaron en lo que llaman el *área*, los lugares donde ocurrían los combates sea zonas selváticas, en ríos, mares o en cascos urbanos. Cabe anotar que en sus operaciones en el área estos suboficiales y sus pelotones no necesariamente buscaban siempre la confrontación. En una conversación Narciso me explicó que era muy peligroso y preferían evitarlo, decía: "es mejor caminar por la sombra", y Nardo me comentó lo "brava" que era la guerrilla para "bolear plomo". Generalmente cuando les ocurrió fue de manera fortuita, como cuenta Nardo cuando estuvo designado en Puerto Leguízamo (Putumayo):

> *Nardo*: A mí me hicieron dos emboscadas allá estando con el quinto elemento de combate fluvial [el elemento de combate fluvial consistía en cuatro lanchas. Tres de las cuales se denominan pirañas (aptas para el combate) y otra -más grande- llamada administrativa, donde llevan el equipo y las provisiones. La tripulación repartida en los botes consta de soldados profesionales y suboficiales como cabos y el sargento, quien es comandante del elemento. Los roles son: comandante, motorista, artillero.]
>
> *Adrián*: ¿Esa es la primera vez que usted tuvo un combate?
>
> *Nardo*: Ese fue el primero. Tuve más o menos unos cinco o seis, pero ese fue el primero. Con lanchas tuve tres (…) Bajábamos nosotros de Puerto Ospina, íbamos para Leguízamo, ya para hacer los tres meses de operaciones, es que duraban tres meses las operaciones. Íbamos tranquilos, hay un sitio allá que se llama Pinuna Blanco. Hay dos Pinunas que son los sitios claves y peligrosos del Putumayo. Entonces, esa gente lo embosca a uno, uno respeta la soberanía y ellos no. Ellos pueden atacar desde la banda peruana o la colombiana. Pa' qué pero cuando uno va pasando por esos puestos que ya uno sabe los puntos críticos, ya uno se alista, está pendiente, está bien camuflado. La guerrilla en esa época de pronto no tenía francotirador muy bueno, o más bien las funciones de precisión, pero sí gente que apunta, el primer disparo le pegó a un motor de esos (…) "Ah" entonces ahí mismo *¡fuun, hijueputa!*, hicimos entonces lo que llaman la maniobra, nos tiramos para la orilla de allá [señala a su derecha], la cuadramos aquí. Y nos levantaron a ráfaga y ellos como creyeron que nosotros con ese motor no íbamos ¡ay! entonces, nos encienden y entonces ¿qué hicimos nosotros? le dije coja ese MGL y levántelos a granadas, levántelos a granadas que con granadas los aguantamos y nos fuimos con esa lancha, así de frente ¡pum! Punto 50 y M60 [ambas son ametralladoras] todos contra esa gente y dele, dele, dele, dele, dele y *¡plum!* Allá les llegamos y ahí desembarcamos los siete, había dos ahí ya… dos dados de baja, encontramos las

> caletas, hacen HUECOS, hacen huecos como estilo Vietnam y apenas sacan la cabeza para atacarlo a uno. Yo no sé esos manes, yo creo que fue la punto 50 las que los jodió porque estaba…Eso tenían un hueco así [señala su pecho] grandote en el pecho, que yo pienso que fue la Punto 50 la que lo cogió (...) tenía un hueco muy grande por acá [ilustra con su cuerpo] encima, como entre el estómago y el pecho. Tenía un roto, pues, que eso se veía al otro lado. (Entrevista 7)

Siguiendo los relatos de Nardo y tomando como referencia algunos documentos publicados por la Asociación Colombiana de Oficiales de Infantería de Marina (Anfibios), la formación en combate fluvial que recibieron los miembros de la institución desde 1990 la dirigieron instructores estadounidenses y los medios técnicos eran fabricados en el norte del continente. Nardo recordó que varios de sus instructores de combate fluvial a finales de los años ochenta eran cubanos radicados en Florida, quienes detestaban a Fidel Castro.

En este punto un asunto adicional le otorga sentido a la posición de los suboficiales: los discursos transnacionales que han orientado el rumbo de la institución en momentos clave de su historia, como la lucha contra el terrorismo y contra las drogas (Avant y de Nevers 2011, Buitrago y Suárez 2017, Castrillon y Guerra 2017, Schultze-Kraft 2012). Los llamo discursos a partir de la categoría de *práctica discursiva* de Michel Foucault. Porque más allá de hablar sobre la cooperación, de la dependencia o las relaciones disimétricas de los estados producto de la globalización, toman cuerpo en los suboficiales y encierran "el conjunto de las técnicas, de las instituciones, de los esquemas de comportamiento (…) las formas pedagógicas que a la vez las imponen y las mantienen" (Foucault 1994, 241). La institución militar actúa para tallar un sujeto particular, como he intentado anotar con los entrenamientos y formaciones que los suboficiales recibieron y las experiencias en sus trayectorias.

Numerosos estudios han señalado a los Estados Unidos como un actor fundamental en la profundización del conflicto económico, político, social y armado en Colombia. Por ejemplo, Noam Chomsky detalla cómo mediante la puesta en marcha del Plan Colombia desde 1999 nuestro país se convirtió en el principal receptor de "ayuda militar y de asistencia policial de Estados Unidos" (2000, 9). Otros, como Renán Vega (2015) señalan una relación compleja entre ambos países en la que Colombia ha jugado un rol de subordinación.

En este texto problematizo ciertos aspectos de estos discursos, que toman cuerpo en los suboficiales, a partir de sus descripciones sobre la contraparte armada, como lo narró Narciso en una conversación sobre enfrentamientos en los Montes de María:

Narciso: Fue como en el 2002. Un golpe a mi corazón, al alma. En una operación que era muy importante, en la vía que coge de San Onofre a María la Baja, creo que se llama Matuya. Estos delincuentes salieron a la carretera y secuestraron un vehículo. Los narcoterroristas de la Farc del 37 frente hicieron una emboscada en esa vía donde cogieron a civiles y se llevaron un vehículo (…) Cuando entramos a la trocha inmediatamente nos esperan con tiros, con disparos por todo lado, tenían una emboscada también para evitar el avance de la patrulla para la recuperación de los cuatro civiles y del vehículo, siempre en los desplazamientos hubo mucho contacto, tanto así que tuvimos apoyo del helicóptero, un Black Hawk. En la vía, siempre que íbamos avanzando encontrábamos sangre, eso quería decir que llevaban heridos en esta situación de combate. (Entrevista 15)

El término narcoterrorista que usó Narciso se instaló en el debate público durante el gobierno de Andrés Pastrana (Paéz 2021) gracias a la cooperación militar con Estados Unidos. Los sargentos además de recibir entrenamiento particular en el marco de la política militar contra el narcotráfico como el combate fluvial, asumen estos discursos como mecanismo de significación del enemigo, de la otredad, para diferenciar sus acciones y para establecer juicios de valor donde ellos se legitiman:

Narciso: Cuando llegamos a un sitio en Matuya, inmediatamente tuvimos un contacto y ellos al verse hostigados o presionados por la fuerza pública dejan el vehículo y los cuatro civiles (…) y la orden es de continuar el contacto. Nos desplazamos hasta que en un lugar ellos estaban descansando y tenían muchos guerrilleros heridos, varios y a hacer una contraemboscada el teniente bajó con dos infantes de marina y yo iba ahí al lado, la idea era hacerles un envolvimiento para sorprenderlos porque ellos no sabían de la presencia de nosotros en ese momento. Sin embargo, ellos tenían una avanzada que era un francotirador, un tirador que nomás hizo un solo disparo (…) nuevamente se hace el contacto se contesta con fuego de lanzagranadas, de M60 y de fusil por parte de nosotros. Se termina el contacto, miramos al infante, el infante tenía una herida en el cuello en la parte derecha, lo sacamos del monte y lo llevamos a la carretera, él todavía estaba vivo. Pedía [pausa breve porque se le quiebra la voz], no quería morir, decía que le salvara la vida. Para uno es muy difícil ver una persona así luchando por su vida [pausa y toma soda] el infante falleció, se fue otro héroe de la patria con ilusiones, con el sueño de la paz de Colombia. Me quedó marcado que el infante me decía: mi sargento no me deje morir, no me deje morir. (Entrevista 15)

Del fragmento anterior infiero que la construcción del enemigo está imbricada con su supuesta condición de otredad en un proceso dinámico en el que juegan muchos significados. A las categorías trasnacionales de terrorismo y narcoterrorismo se suma el código histórico de heroicidad, donde el militar es un héroe que "salva" a la población civil e incluso a sus pares. Sorprende como esta *salvación* por medio de la guerra paradójicamente se asocia con "el sueño de la paz", en la siguiente narración de Narciso, cuando tuvo que apoyar a una unidad bajo fuego enemigo en Buenaventura:

> *Narciso:* Adrián, la escena era desgarradora. Encontramos un infante de marina herido, lo sacamos. Iba avanzando y encontramos dos infantes de marina heridos, los sacamos. Preguntamos por el comandante, no aparecía. Más adelante nos encontramos a mi cabo Triviño, que tú lo conoces, herido con unas esquirlas de granada en la parte de un glúteo, me dijo que había dos infantes de marina que habían hablado con él que estaban vivos, que estaban heridos (…) sigo avanzando y me encuentro la escena: la casa que yo había visto hace cuatro días, vuelta en llamas. Y la escena más desgarradora fue que, a mí me impactó como joven, fue la de un infante de marina que le habían dado un tiro de gracia y al lado tenía una foto de su hijo recién nacido con la que era su novia o esposa. En la parte de atrás de la casa, encontré a dos jóvenes casi dándose la mano, muertos, ambos habían muerto desangrados. Resultado, tres infantes de marina muertos, vilmente masacrados y el comandante herido. Entonces fue una escena totalmente… Pero ¿qué se logró? Recuperar restos de jóvenes y que estos narcoterroristas no siguieran masacrando a los pelaos. (Entrevista 16)

Estos discursos se anclan a categorías jurídicas, en las que hay implícitas prácticas de saber/poder como lo esgrime Foucault (2002) las cuales, en los fragmentos anteriores tienen un triple juego en la producción de otredades; la del militar, la de la contraparte armada y la población civil. Retomando a Sara Ahmed, en el caso del término *terrorista,* este sirve para construir "una nueva categoría identitaria", unas personas a las que hay que temer (Ahmed 2015, 125), a las que hay que desconfiar, como la narró Nardo: "nosotros sabemos que a esa Farc no se le puede creer, la Farc siempre han utilizado el engaño, la escaramuza, toda esa güevonada (…) se volvió fue una organización criminal y terrorista" (Entrevista 8) y diría yo, eliminar por el bien de otros, o como lo expresó Narciso: "que estos narcoterroristas no siguieran masacrando a los pelaos", respuestas que en el conflicto armado colombiano no ha funcionado sino más bien provocado una espiral de violencia difícil de contener. En este

caso, por oposición, el sujeto militar se esgrime como deseable, como quienes resguardan a la nación de los terroristas. Estos últimos parecen presentarse en términos de una exterioridad que es al mismo tiempo una pieza fundamental a la hora de otorgar sentido a la posición del militar, tal y como lo define Escobar, "la noción de exterioridad no implica un afuera ontológico, sino que se refiere a un afuera que es precisamente constituido como diferencia por el discurso hegemónico (…) el otro deviene en la fuente original del discurso" (Escobar 2005, 36).

Así, las narraciones de Nardo y Narciso parten de una implícita posición hegemónica, la de hombre militar, vestida con códigos fundados en un pasado ficticio pero poderoso y en relaciones políticas transnacionales que los legitiman. Mediante la cristalización de estos discursos en los suboficiales se reproduce y amplifican mediante sus palabras y relatos "una visión del mundo (…) un sentido común" (Gramsci 1980, 58) construido por los grupos sociales dominantes, al cual estos hombres entregaron su vida con convicción. En los suboficiales se hacen explícitas prácticas de poder y de saber que, en conjunto moldean lo que estos agentes son y los sentidos que circulan en sus posiciones.

A la vez de sus palabras y narraciones, como lo muestran los fragmentos anteriores, emerge una otredad positiva: los pares, los militares compañeros que perdieron su vida, esto en las narrativas militares guarda un papel clave en su identificación con la nación, como sugiere Sara Ahmed: "la nación se convierte en el objeto de amor precisamente al asociar la proximidad de los otros con pérdida, herida y robo" (Ahmed 2015, 38).

Como he expresado, los suboficiales con quienes trabajé desarrollaron actividades similares durante su trayectoria militar en cuanto al entrenamiento, los ascensos, la duración de su carrera, los lugares en donde los designaron, los tipos de acciones bélicas, entre otras. Pese a esto llama la atención las diferencias entre la narración de sus vidas, Nardo parece emocionarse y disfrutar la remembranza, mientras que Narciso se muestra más conmovido y afligido por la muerte. Otra diferencia notoria es el nulo uso que realiza Nardo de la noción de héroe. Parece que esta es más común en las jerarquías y papeles militares que implican una reflexión intelectual, Narciso estuvo un año de agregado militar en Honduras, las semanas antes del viaje estuvo hospedado en nuestra casa y asistía a diferentes cursos de formación relacionados con esa labor, hasta que llegó su esposa y sus dos hijas menores para emprender el viaje, Toto (su ahora hijo mayor) estaba cursando la universidad en Valledupar y pausar un año sus estudios para acompañarlos le resultaba problemático. A Nardo le

pregunté explícitamente si se consideraba un héroe y su respuesta acompañada de una sonrisa fue: “eso es puro cuento”.

Es sorprendente la complejidad y diversidad de análisis que se pueden derivar del universo militar. En este estudio he optado por seguir la trayectoria de los agentes al tiempo que problematizo la manera como la institución los inviste de significados que usan para referirse a ellos y los otros, pero también de un cuerpo formado por sus prácticas pedagógicas. Así, sigo a Ervin Goffman, con el propósito de entender a las fuerzas militares como instituciones totales que absorben el tiempo e interés de quienes la conforman bajo una racionalidad concebida para el alcance de los objetivos de la misma institución (Goffman 2001). El ingreso a la vida militar genera “un mundo cultural y socialmente distinto” al que habitaban anteriormente (2001, 20), lo que modifica, por ejemplo, los derechos, como el de ejercer el voto en elecciones populares. Nardo votó por primera vez en 2010 en las elecciones presidenciales, tras su retiro de la institución.

Es importante anotar que la forma cultural que adquiere esta institución es “parte de un círculo necesario en el que ningún término es pensado aisladamente” (Williams 2009, 202) esto es, que la institución busca transmitir una serie de ideas sobre la vida social que pueden ser vistas como esquemas dominantes. Por ejemplo, en las relaciones de género; el prototipo de varón atlético y disciplinado, la familia heterosexual nuclear con esposas abocadas al cuidado doméstico y en la política; mediante la afiliación con unos valores nacionales que versan sobre el honor, el sacrificio y el heroísmo. En los siguientes capítulos profundizaré algunos de estos.

Las trayectorias vitales y la posición en el espacio social de estos hombres suboficiales ha estado atravesada por numerosas banderas y discursos. Para ellos fue una elección consciente, pero esta no fue hecha “bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (Marx 2008, 10), como por el contexto particular de su origen y de la situación política nacional mientras desarrollaban su carrera. En suma, en la posición de los suboficiales se intersectan diferentes sistemas de diferenciación, opresión y privilegio (Viveros 2016; Collins 2012).

Figura 3. Nardo recibiendo una condecoración de la cúpula militar

Fuente: archivo familiar. Bogotá, 2006. Desde la izquierda: Freddy Padilla de León y Mario Montoya Uribe.

Los sentidos militares son polillas que agujerearon el corazón de Nardo, dejando una bandera, un uniforme y un botín como refugio. Pero esta defensa se agrieta al paso del impiadoso tiempo, hoy solo son promesas caídas. No duerme sin el arrullo del sonido radial y un Cristo de fierro, su último blindaje ante sueños de los que despierta en soledad gritando perdóname, por favor, perdóname.

3. Otredad en lentes camuflados

Este capítulo describe los significados que emplean los suboficiales para narrar la otredad, defiendo que ellos construyen a las otras y otros a partir de significados emanados de sus masculinidades, capitales y privilegios del campo militar. Recurro a relatos que versan sobre la experiencia militar con personas y grupos que no son miembros de las Fuerzas Militares, con quienes Nardo y Narciso convivieron mientras realizaban sus carreras.

En Colombia ciertas regiones gozan de mayor infraestructura y prestación de servicios y derechos, mientras que otras solo cuentan con migajas, estas últimas son generalmente habitadas por sujetos atravesados por sistemas de diferenciación y desigualdad como la etnicidad y la raza. En este panorama parece que las instituciones castrenses han jugado cierto papel protagónico toda vez que hacen presencia en las regiones periféricas como la única representación estatal, muchas veces incorporando a sus habitantes en su labor. No me refiero simplemente a asuntos ligados con la seguridad y la defensa contra la insurgencia, sino en la asistencia humanitaria como jornadas de sanidad, entrega de alimentos y suministros indispensables, actividades lúdicas para la infancia o construcción de equipamiento físico como carreteras y puentes.

En muchas localidades periféricas las fuerzas armadas realizan acciones cívico militares que tienen como principal objetivo acercarse a la comunidad en términos asistenciales, generalmente sin armas. Estas han sido fuertemente cuestionadas porque incentivan el reclutamiento y exceden el propósito legal de estas instituciones, como lo declaró una tutela en diciembre de 2022, impuesta por el Juzgado 21 de Ejecución de Penas. Desde la perspectiva militar estas acciones son necesarias para su labor porque buscan “resarcir el daño y las problemáticas presentes en la población” (Ejército Nacional 2022, 55). Internamente, estas acciones servían a la institución militar para incorporar a las esposas y familia de los militares a la labor de la fuerza, despertando un sentimiento de pertenencia. En Corozal recuerdo que a la institución le encantaba hacer parte y gestionar que las comunidades vecinas a las bases celebraran sus rituales de creencias o prácticas de folclore, los vehículos de la Infantería de Marina paseaban estatuas por todo el pueblo para celebrar la cuaresma, pero también a la reina del carnaval. En esta localidad realizan un concurso de belleza llamado *Miss Maja* y en algunas ocasiones las participantes asistieron a desfilar en bikini alrededor de la piscina del batallón, acto al que asistimos con mi familia. Una

participante de este concurso luego fue elegida Miss Universo y trascendió en la prensa una situación romántica que vivió con un infante de marina (Patiño 2005).

El alcance de las instituciones militares en el proyecto nacional se teje en diversos escenarios y, como he insinuado líneas arriba, trasciende lo bélico, la defensa y soberanía como se contempla formalmente en la Constitución. Este tipo de prácticas, además de reproducir ciertos valores y mentalidades dominantes respecto a la posición de la mujer o las creencias, también le aseguran al campo militar institucional un lugar más amplio en la comunidad nacional, porque no sólo resguardan a las personas, también a sus tradiciones, creencias y valores. En lugares donde la población no comparte las tradiciones castrenses ligadas al ideal nacional, ellas también las imponen, muchas veces mediante acciones cívico militares alimentadas por las necesidades básicas de las comunidades.

En los siguientes párrafos intentaré mostrar cómo a partir de la posición del suboficial la nación publica ciertos códigos embebidos en la diferencia étnica y racial. Uno de los sentidos nucleares para construir a los otros tiene que ver con la masculinidad, ya que a través de ella se mueven y entretejen también posiciones subalternas que encuentran agencia en los diferentes contextos donde se desenvuelve el campo militar. Una conversación que sostuve con Nardo sobre los habitantes de Puerto Leguízamo trasluce la manera en que los suboficiales como sujetos masculinos leen y se relacionan con las mujeres indígenas:

> *Adrián*: ¿Cómo vivían los indígenas en Leguízamo?
> *Nardo*: Había dos reservas, se llamaban la Samaritana y la Huitota
> *Adrián*: ¿Usted alguna vez fue por allá?
> *Nardo*: Sí, fui de labor una vez a hacer parte de esas jornadas médicas, a acompañar los médicos y de civil yo también me metí por allá con un compañero de allá de Leguízamo. Mejor dicho, tenía hasta una "india" [lo dice con una pequeña sonrisa, y yo también. Acaba de narrar un amorío]. (Entrevista 7)

En el contexto de la narración, en una zona periférica donde los militares como representantes de un universo institucional interactúan con poblaciones indígenas, la masculinidad de los sargentos agencia sus acciones, así Nardo entabló relaciones de género dominantes con mujeres indígenas ubicadas en posiciones subalternas como el caso de "mi india" (seguramente una mujer menor de edad), donde una vez más las mujeres aparecen como un objeto poseído por los varones.

En este punto, el análisis interseccional nos ayuda a interpretar las condiciones que limitan y alumbran la otredad mujer-indígena. De acuerdo con Mara Viveros, esta perspectiva nos permite problematizar "los sistemas de opresión" como el racial/etnicista y de género contenidos en los relatos, a la par de "su interacción en la producción y reproducción de las desigualdades sociales" (2021a, 56). Es decir, los códigos masculinos sobre estas mujeres buscan perpetuar un orden social donde los hombres gozan de mayor privilegio.

La posición de los suboficiales alienta la circulación de diferentes códigos de significación (cfr. White 1992), es decir, de significados incorporados tácitamente por la performatividad de la diferencia, pero también del mundo masculino y militar, que median su relacionamiento con comunidades indígenas y con las mujeres, posiciones que como lo expresó la poeta, escritora y feminista lésbica chicana Gloria Anzaldua, parecen estar atrapadas "en el fuego cruzado entre los bandos" (2016, 261). El militar masculino, pero también el de la raza y la etnia:

> *Nardo:* Eso tiene su secreto, el tal yagé, pero eso lo manejan los indígenas que saben de eso, que son como los hechiceros de los indios, pero la recomendación es que uno como blanco no lo pruebe porque lo puede hasta matar. (Entrevista 7)

La otredad se va tornando cada vez más elaborada en el relato, ya que desde la subjetividad del sargento opera la diferencia racial y étnica que lo instruye sobre los otros, como una exterioridad negativa, lo que no hace parte del dominio racial blanco y hegemónico, como lo denota esta conversación con Nardo sobre las prácticas culturales indígenas en el Putumayo, que le fueron informadas a él por diferentes colonos:

> *Nardo*: Me dijo: "vea hermano aquí hay un "tipo", un indio que le dicen el Tigre". "Y eso, ¿Por qué le dicen el Tigre? Me dijo: "porque él sabe secretos, él cuando quiere se vuelve tigre". ¿De verdad? "Sí, por aquí pasa" (...) hay una planta que se llama yagé, entonces el tal Tigre ese sabe sacarle yo no sé, como el elixir ese y eso él se lo toma, se lo consume, entonces en la forma de él dice que se vuelve tigre, pero eso es puro cuento, la verdad es que eso es como un alucinógeno, entonces lo lleva, lo trae, lo transporta, pero allá al internado sí se ha metido y no han podido dar con él, eso como que lo vuelve como el diablo. (Entrevista 7)

Interesa también la manera en que el relato transpira una forma de construir a los indígenas amparada por el colonialismo, de esta manera el sujeto indígena se asocia con lo

femenino, lo sometido, lo malvado, lo moralmente incorrecto ligado a la violación y a prácticas anticristianas, nuevamente el *Calibán.*

Según Michael Taussig, muchas de las historias y narraciones sobre las prácticas culturales de comunidades indígenas ubicadas en el suroccidente colombiano encierran cierto "horror a la selva" y "horror al salvajismo" (Taussig 2002, 108). Como resultado, la figura del tigre obedece a una práctica de saber propia de las comunidades del Putumayo y el Amazonas colombiano, pero también a un conocimiento social implícito de los blancos y colonos que a partir de la "imaginería" (2002, 441), y la fantasmagoría leen a los indígenas. Esta figura arbitra como mediadora entre la selva, sus gentes y los hombres blancos (cfr. Taussig 2002).

Figura 4. Soldados como tigres en desfile folclórico e indígenas a sus espaldas

Fuente: archivo familiar. Puerto Leguízamo, 1991.

Las instituciones militares asientan y reproducen las desigualdades porque actúan en concordancia con un discurso étnico que aglutina la diferencia desde el lugar que la nación le impone, a los indígenas como sujetos exóticos y frágiles, que se deben resguardar para

motivos de celebración. En la narración anterior, cuando Nardo se ubica como blanco para establecer una superioridad frente a las poblaciones indígenas refleja cómo obra la diferencia en las instituciones nacionales, las cuales como argumenta Mara Viveros, han contribuido a sacralizar las "imágenes de masculinidad y blanquidad" (Viveros 2013, 76). A su vez, juega la identidad regional antioqueña de Nardo, la cual tiene una importancia fundamental en "el relato de la identidad nacional colombiana" (2013, 82), porque las ideas de esta región se instauraron como dominantes. Por lo expresado en los párrafos anteriores, la construcción de otredad de Nardo expresa un círculo de producción de categorías de diferencia y opresión impresas en el cuerpo de ambos sujetos: el yo (militar) y la otra (mujer-indígena).

Así como la construcción de otredad es significada por la masculinidad y la raza, también lo es por el capital social que guarda la posición del militar, es decir, "los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos" (Bourdieu 2001, 148). En estas comunidades al militar suelen reconocerlo como figura de autoridad, algo alentado por la relación vertical impulsada por los propios recursos militares; por las armas, el uniforme, pero también por su misión social. Este capital de la institución actúa en conjunción con otros, como propio de los hombres. Varias veces escuché decir a diferentes personas del mundo militar que el camuflado "llama mujeres". En las representaciones sobre los indígenas en los relatos que aquí estudio, se mueven capitales masculinos y militares que se pueden analizar en el marco de una actividad cultural más amplia, lo que Stephen Greenblatt ha descrito como capital mimético: "un conjunto de imágenes y de dispositivos de producción de imagen que están *acumulados*, "en reserva", en libros, archivos, colecciones e instituciones culturales" (2008, 28). Lo más interesante de este capital es que no permanece estático, por el contrario, crea relaciones sociales toda vez que se invoca a través "de los contactos culturales de forma novedosa" (2008, 28). Este capital tiene varias jugadas, compromete a Nardo con su posición masculina e institucional, y ancla a los indígenas en la mezquindad de la diferencia, pintando la imagen nacional dominante.

Entre los sargentos hay una discrepancia significativa en cómo estos hablan y figuran al otro, lo cual se relaciona con las experiencias y aprendizajes que tuvieron en su carrera militar, no obstante, pienso que tiene que ver más con la cultura regional de la cual provienen como aventuré párrafos atrás. Narciso no es blanco, es oriundo de un barriada negra y mestiza de Cartagena, su padre era del desaparecido Chambacú (un icónico barrio negro), mientras que Nardo proviene de una cultura católica rural antioqueña, donde existe un alto

desprecio hacia la piel oscura, tanto así que a un par de sus hermanas más morenas, durante muchos años no las dejaron ir al colegio para que se encargaran de trabajar en la pequeña finca familiar.

Investidos en esos capitales, el trabajo de los suboficiales adquiere cierto reconocimiento público, pero también generan desconfianza y miedo por sus acciones represivas y paraestatales. Narciso alude a la misión y obra de estas instituciones como un bien superior, como cuando recibió una condecoración del municipio el Carmen de Bolívar, la medalla Giovanni Cristini Cristini:

> *Narciso:* Llegué a este municipio donde pude darme cuenta que mi esfuerzo de lucha contra los narcoterroristas no era en vano, porque este lugar fue uno de los lugares azotados por la violencia y la comunidad no creía en sus Fuerzas Militares pero gracias al trabajo, dedicación, empeño y lucha se pudo conseguir la confianza de la comunidad y la credibilidad en la Infantería de Marina (...) tú sabes que el buen trabajo se premia, me dieron esa medalla por haber entregado mi vida a la causa de la paz de Colombia. (Entrevista 15)

En el relato anterior, así como en los del capítulo previo, los sargentos repiten y amplifican discursos que circulan en sectores políticos de derecha como el uribista, que legitiman el uso de la guerra como "condición necesaria" (Forero 2016, 151) para garantizar la paz. Philip Abbott (2014) sostiene que en el gobierno de Álvaro Uribe, el país abrazó firmemente la guerra internacional contra el terrorismo lo cual contribuyó a "deshumanizar aún más a las FARC", facilitando un accionar gubernamental más fuerte y "sin restricciones" (Abbott 2014). Nardo cobijado en estos discursos, expresó sobre este grupo que: "se volvió fue una organización criminal y terrorista porque hizo mucho atentado. Al momento que yo entré a la vida militar ya estaban así, como en esa forma" (Entrevista 8). En esta vía, Jairo Estrada (2015) argumenta cómo a expensas de los medios masivos de comunicación dominantes se inauguró una política nacional (cfr. 2015) que presentaba a las organizaciones guerrilleras como "rebeldes descompuestos y convertidos en simples criminales comunes, sin propósito altruista alguno; la necesidad por tanto de combatirlos hasta el sometimiento y el exterminio" (2015, 309), estas últimas se convirtieron en las tareas esenciales en las trayectorias de los suboficiales.

El fragmento anterior también resalta el funcionamiento del capital atado a las condecoraciones. Para Narciso estas son motivo de gran orgullo y dan cuenta de su

contribución a la paz de Colombia. En su casa me explicó cada una al tiempo que profundizaba las acciones que lo llevaron a recibirlas, con cada historia percibía como aceptaba con orgullo su rol de suboficial, incluso me dijo que lo más bonito de estos rangos es el contacto con el pueblo y las sonrisas de las personas a las que ayudó para generar credibilidad en la institución. De esta identificación del capital simbólico con la aceptación del lugar en una estructura jerárquica, Bourdieu argumenta que este es funcional para integrar a las posiciones subalternas o dominadas a la "legitimación del orden establecido" (2000, 93).

Figura 5. "Muro de honor" de Narciso

Fuente: archivo personal. Corozal, 2023.

En síntesis, el campo militar además de producir sujetos que defienden un proyecto de nación guerrera y masculina y significados asociados a un tipo ideal de hombre, resguardan códigos de opresión y diferenciación que proyectan en las comunidades donde se desenvuelven, vigilando que cada quien juegue su papel en las jerarquías y diferencias sin la cual la nación misma sería un absurdo.

4. Tras la bruma nosotras: familias militares

Este capítulo argumenta que el campo institucional militar desliza e instaura categorías de clase y género sobre las familias (hijos y esposas) de los suboficiales, mediante socializaciones y prácticas cotidianas que ocurrían y ocurren dentro de instalaciones militares.

Las páginas siguientes son una apuesta con la que me desafío a mí mismo y a mis afectos. En ellas, a través de numerosas viñetas etnográficas elaboradas a partir de conversaciones e intercambios con amigos y amigas del pasado, quienes crecieron conmigo en bases militares, así como con dos antiguas esposas de sargentos mayores, intento retratar la cotidianidad en estos lugares y las relaciones de género que allí pactamos. Tras la bruma, porque es un retrato desfigurado por el tiempo, como todo pasado, también por las brasas militares que despiden columnas de humo para que quienes están afuera no vean lo que ocurre en su interior y para que los de adentro no podamos encontrar la salida. Este retrato es una necesidad personal. En él interrogo mi traza de vida. También es mi respuesta a una de las exigencias del enfoque autoetnográfico, que llama a conspirar contra las relaciones de poder, diferencia y jerarquía que habitan en cada uno.

Estruendo pictórico

El retrato grita

Sedosos ecos de condena,

Verbos del teatro mentiroso.

Filo que desnuda
[dilatado por la sangre]

El telón de sus encantos
[fachada de ficciones].

Pétalos marchitos,

La verdad tras el escape.

De la vida en un batallón

A los miembros de la Infantería de Marina se les insta a componer una familia bajo el modelo nuclear heterosexual, como sostuve anteriormente es un requerimiento esencial para quienes piensen desarrollar una carrera militar duradera. En algunas zonas del país, especialmente en pequeños municipios y espacios con dinámicas de conflicto notables, los militares y sus familias viven en casas fiscales al interior de instalaciones militares. En ciudades grandes también hay casas fiscales pero la mayoría de ellas no se encuentran en bases militares sino en vecindades de diferente estratificación social. Así, por ejemplo, en Bogotá la Armada tiene un barrio fiscal ubicado en el norte, en Cedritos que concentra las viviendas para oficiales y la mayoría de los suboficiales se ubican en el sur, en el Tunal.

Con mi familia habitamos casas fiscales en batallones al menos doce años, especialmente en Cartagena, Corozal, Coveñas y Puerto Leguízamo. En estos lugares operaba una suerte de segregación espacial, había dos "barrios" con notorias diferencias, uno donde vivían los suboficiales y en otro los oficiales, en ambos casos con sus respectivas familias. Desde un punto de vista demográfico los barrios de suboficiales son más grandes, porque la institución tiene más miembros en los rangos intermedios, pero también lo es la composición familiar ya que muchos suboficiales vivían con la suegra, la cuñada, el hermano y otros miembros de la familia extensa, la población era muy diversa, personas provenientes de muchas zonas del país, con las pieles de muchos tonos, cuerpos grandes, pequeños, anchos, delgados. Era muy inusual las familias con hijo único como sí ocurría con los oficiales.

En el barrio de suboficiales se podía encontrar a la *seño* que vendía bolis, fritos, helados caseros, horas de PlayStation, productos de Yanbal o de Leonisa. Mientras que el barrio de oficiales era habitado por personas más homogéneas social y étnicamente, recuerdo que la mayoría de sus esposas eran mujeres blancas delgadas y de ojos claros, tanto que a manera de burla lo llamaban el barrio de cachacos. En Corozal, las edificaciones de ambos barrios eran muy diferentes, al de oficiales se ingresaba pasando un puente sobre un lago artificial lleno de gansos, morrocoyes e iguanas colgando de los árboles que lo sombreaban. Las casas contaban con antejardín, aire acondicionado, patio cubierto y grandes ventanales que las iluminaban, en este había canchas de tenis de superficie dura y también de polvo de ladrillo y una cancha de fútbol a la que íbamos casi diariamente a jugar porque en el nuestro no había. Algunas de las casas del barrio de suboficiales eran de madera, sin jardín con varias calles sin pavimentar, había un diamante para jugar béisbol que nosotros mismos delimitamos

con cal en un potrero. Estas casas no tenían un patio definido, pero daban a solares vacíos. Mi mamá lo cercó y allí sembró diferentes productos de pancoger como yuca, patilla, papaya, plátano, limón mandarina y un corral para aves con gallinas y pavos que engordaba todo el año para venderlos rellenos en navidad. Como no tenía un trabajo asalariado, esta fue su fuente de ingresos propia durante algún tiempo.

Pese a que el campo militar parece ser autónomo en muchas de sus dinámicas, la espacialidad que acabo de describir no se aleja de la producción de diferencias entre clases sociales del capitalismo en Colombia. Como lo señalan Gilma Mosquera y Jacques Aprile, los estilos arquitectónicos y las ornamentaciones, así como las formas de apropiación del espacio están enlazados con "valores culturales y con la formación social" (1984, 6). La clase social más la jerarquía interna de la institución explican por qué unos viven en un espacio más bello y ordenado que otros al interior y fuera de los batallones, como lo considera Pierre Bourdieu, "en una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales" (2007, 120).

En aquellos días los hijos de los suboficiales teníamos cierta enemistad con los de oficiales, no recuerdo la razón, pero seguramente tenía que ver con que percibíamos estas diferencias y privilegios de clase, razón por la cual los contactos sociales y lúdicos entre varones a veces terminaban mal. Alguna vez nos arrojamos piedras unos a otros frente al lago donde un par resultaron con la cabeza rota, y algunos partidos de fútbol terminaron a manos. A ellos casi no los dejaban jugar o ir a nuestro barrio, quizá porque andábamos sin camisa y descalzos como es usual en las clases medias y bajas de la sabana caribeña.

Hasta ahora nunca me pregunté por qué a muchas amigas (niñas y adolescentes) de nuestra generación no las dejaban jugar y realizar actividades como las descritas, pero su ahora notoria ausencia en la narración dimana muchas preguntas que quedan pendientes por resolver. Siguiendo a Mara Viveros, hombres y mujeres adquieren sus posiciones de género en socializaciones diferenciadas, los primeros, tienen como característica notoria el establecimiento en diferentes edades de "una vida informal en los grupos de pares" (2002, 203). En mi caso, estos fueron muy comunes al final de la niñez y durante toda la adolescencia, en los batallones se establecen estos grupos principalmente integrados por vecinos y amigos del barrio, los cuales juegan un rol central en la construcción de identidades masculinas porque "compartiendo actividades con ellos, se intercambian, aprenden y reproducen los contenidos que se atribuyen al rol masculino en su sector social y cultural"

(Viveros, 203). Uno de estos contenidos y que se enmarca perfectamente en el espacio social del batallón y en muchos lugares con una organización de género hegemónica, es el absoluto gobierno varonil del espacio público, las niñas jugaban, pero en sus casas, los cuerpos sin camisa y estrepitosos en las calles del barrio eran nuestros.

De tal gobierno masculino del espacio público emergen dinámicas de violencia, como le sucedió a Diana, hija de un Mayor, quien muchas veces descubrió a soldados mirándola a través de su ventana, cuando caminaba sola por el batallón le pedían fotos y algunos la seguían hasta su casa para que "no le pasara nada" (Entrevista 24). Un día notó que un infante trataba de espiarla mientras se bañaba, por la pequeñísima ventana que daba a la calle. A raíz de este hecho su familia la envió a vivir con una tía a Bogotá, durante un año y en el batallón cambiaron la disposición de algunas garitas, las más cercanas a los espacios residenciales las alejaron.

Las instituciones militares moldean un tipo de familia que bebe de un ideal romántico, establecido por el proyecto nacional en ciertos países de América Latina y el Caribe, el cual sitúa a la mujer como "abnegadas compañeras de los héroes" y "madres ejemplares" (Alcázar 2013, 37). Las esposas gobiernan el espacio privado familiar en ausencia del padre proveedor. Es notorio también como la familia se mueve por diferentes partes del territorio nacional junto a ellos, circunstancia que dicta que las mujeres e hijos generalmente se ven obligados a perder y componer vínculos; ejemplo de ello es mi caso, mi hermano y yo estudiamos la secundaria en cuatro colegios distintos. Esta estructura familiar sigue el modelo clásico patriarcal señalado por Raewyn Connell, en donde las mujeres conducen "la vida emocional de la familia" (2015, 205), así como las acciones ligadas al invisibilizado trabajo doméstico y de cuidado (Zambrano y Durán 2020; Carrasquer 2013; Legarreta 2009; Esguerra 2019).

Es posible observar a través de las familias la forma en que circula y se aplica un código a veces silencioso, pero siempre muy internalizado en la institución, que tiene que ver como dije líneas atrás con un lugar delimitado para la mujer, pero también con la defensa de unas creencias y rituales vinculados a la religión católica. En los batallones tienen un lugar sobresaliente las creencias religiosas católicas, reforzado por diferentes imágenes de vírgenes y santos: en la mitad del barrio de suboficiales en Corozal había una pequeña edificación que cubría el altar de una virgen, a la que diariamente las esposas adornaban con flores y veladoras. Las barracas militares también contaban con altares para ídolos a quienes adoraban

con fervor antes de ir al área. En la cuaresma se realizaba una procesión por todo el batallón, y como resulta lógico, había una capilla donde el párroco militar realizaba una misa matutina todos los domingos, a la cual asistían muchas familias y en donde tenían lugar ceremonias sacramentales como bautizos, confirmaciones y matrimonios.

En la virgen (sitio del barrio de suboficiales) ocurrían muchas prácticas cotidianas de socialización, de este espacio sí participaban las mujeres de nuestra generación y nos reuníamos en la noche a jugar a verdad o reto, como a conversar. Durante el día se reunía un grupo de esposas a jugar parqués o dominó y a tomar tinto, como en muchas dinámicas de convivencia vecinal esto generaba ciertos conflictos:

> *Lila:* Yo no sé si tú te acuerdas, cuando salía ese grupo de mujeres que se quedaban en la virgen a "chismear" después que subían los niños al colegio (...) uno para salir tenía que esperar que ellas se quitaran de ahí porque lo dejaban a uno sin ropa. (Entrevista 21)

Retomando las pesquisas de Ochy Curiel (2013) hay un vínculo entre nación, familia y la religión judeocristiana. Esta autora explica como difícilmente se puede imaginar la nación moderna en contextos como el colombiano sin la presencia de tal Dios, "el mismo que ha sido la representación divina de toda la nación desde sus inicios" (2013, 95). De esta manera cuando las instituciones militares se unen a la religión no sólo lo hacen para defender un tipo de familia, unos valores o al régimen heterosexual, lo hacen, además, para acrecentar su lugar en la historia, para situarse en el origen de la nación a la diestra de ese Dios.

Figura 6. Bautizo de los hijos de Narciso

Fuente: archivo familiar. Corozal, 2003.

Paradójicamente, aunque muchas experiencias guardan dolor y prácticas de violencia, con los diferentes hijos e hijas de militares con quienes crecí y con quienes sostuve conversaciones para esta investigación, coincidimos en la remembranza de un pasado feliz. Correr por la sabana y tumbarnos en ella para encontrarle formas a las nubes, trepar un palo de mango o mamón para ganarle el fruto a los pájaros, volar en helicóptero por el Golfo de Morrosquillo y navegar en un mar calmo y silencioso son privilegios del mundo militar que disfrutamos, tanto así, que hoy algunos de mis congéneres desean esto para sus vástagos.

A continuación, recurro a un registro de escritura que incorpora el material empírico de forma diferente, tratando de ubicar la narración en el marco de la vida cotidiana del batallón, es decir, en prácticas sociales arraigadas en tiempos y lugares determinados. La producción de estos fragmentos ha seguido la ruta autoetnográfica discutida en el aparte metodológico de este trabajo y se soporta en material empírico producido con quienes hice mi trabajo de investigación, mediante conversaciones y notas de campo, que favorecieron la emergencia de recuerdos compartidos entre parientes de suboficiales (hijos e hijas) que vivimos en Corozal entre 2002 y 2008.

En la escritura intento problematizar la alegría y el dolor que vivimos en una cotidianidad militarizada, con esto me refiero a prácticas e imágenes que se repetían al

interior de instalaciones militares, por lo que gravitan en torno a temas como la socialización entre pares, la construcción de vínculos, la guerra y la muerte.

Juego de chicos en un batallón

Le costaba mucho sostener el bate, pensó: no debí hacerlo de madera de guayabo, es muy resbaladiza. Dos strikes abajo y el jonrón que soñó se extingue. Joda con esa zurda tuya, le dijo al pícher. Un desafío, un duelo de miradas donde el tiempo y el viento dejaron de avanzar. ¿Un minuto, diez minutos? Lo sintió eterno. Bajo un sol de cuatro de la tarde colmado de aves revoloteando, aprieta el bate mientras el sudor escurre por su cara, por su espalda. Finalmente lo logra, ve al lanzador moverse en cámara lenta descifrando sus secretos, observando esa bola curva a la derecha avanzar hacia él gira su cuerpo, aferrado a la esperanza de conectarla, como un condenado que se aferra al último cigarro. La impacta y sale en tremendo pique, corre y corre por todo el diamante como si no jugara nadie más, a este punto perdió la bola, no sabe si lo poncharon o la bateó a lo profundo. La tiene a la vista, la última base y con ella a su gloria, arrojándose como si se tratara de una piscina espera que sus compañeros vinieran a levantarlo y a celebrar. Para su sorpresa se halla solo, lleno de polvo y pasto, sin ninguna pizca de atención, se asombra, pero más lo están sus compas, mientras observan cómo se arma toda una escena frente a ellos, en las inmediaciones del campo de juego que es también el terreno adyacente de un helipuerto militar.

Avanzan hacía ellos sirenas y campanas, el diamante vibra. Ajustan sus miradas y notan que es la caravana de bienvenida de un Mil Mi-17 o “papaya” como le llamaban, que se dispone a aterrizar. Contemplan todo; primero, se acercan unas ambulancias mientras varios militares ingresan a la aeronave, al salir cargan camillas que se dirigen al transporte médico que se marcha rápidamente; segundo, tres camiones se alinean frente a la compuerta del helicóptero y vuelven a ingresar varios uniformados, a los pocos segundos comienzan a salir personas esposadas unas con otras y tras estos, bolsas para cadáveres aparentemente llenas y pesadas. Queda un último camión esperando, e ingresan nuevamente a la aeronave unos diez soldados con el objetivo de descargar el cuerpo sin vida de un caballo. Al cabo de 5 minutos la nave despega fundiéndose con el azul del cielo y en la zona de aterrizaje solo queda polvo y sangre. Los chicos retoman las posiciones que ocupaban en el juego al tiempo que descubren que se trata de los resultados de una operación militar. El jonrón no contó y el siguiente lanzamiento lo ponchó.

La suerte de José

Ya no recuerdo cómo comenzó todo. Creí que podía vencer una guerra imposible contra el olvido. Estoy contando cada recuerdo, atesorando las sonrisas en un cajón sin tiempo. En ese entonces los árboles de limón mandarina y papaya de nuestro pequeño patio no lograban dar suficiente sombra a la parte trasera de la casa, hacia el mediodía cuando el sol alcanzaba su punto más vertical sentíamos el sofoco que secaba la garganta. Ante esta situación papá, quien en ese entonces dirigía la sección de transportes del batallón en Corozal decidió buscar un infante con experiencia en construcción, impulsado por la idea de mamá de construir un techo tradicional caribeño en paja. Así llegó él a nuestra familia, José, un muchacho de apenas 19 años que no llevaba más de tres meses prestando servicio militar obligatorio. Para él trabajar en la casa de un suboficial significaba un alivio del rigor al que son sometidos los infantes y el gran privilegio de degustar la cocina de mamá que en esos días preparaba tremendos manjares, planeados con anterioridad y por los que salía casi diariamente a comprar productos frescos a la plaza del pueblo, esta fue precisamente la segunda necesidad hogareña que él suplió, actuando como su conductor en la Yamaha DT 125 que como buen paisa el sargento poesía.

La construcción que estaba planeada para un par de semanas demoró meses, creo que con intención José trabajaba a un ritmo extremadamente lento. Así pasaron los días y entre rutinas, almuerzos familiares y carcajadas se convirtió en una especie de hermano mayor para mi hermano y yo, cuando echó el cemento al patio escribimos nuestros nombres y pusimos las huellas del perro, fue como si nos bajara la luna. Si tu estuvieras aquí… Te enseñaría lo que quedó tatuado aquí en mi pecho, esas sonrisas, imágenes de un ayer que el tiempo nos robó.

“Mijo pa’qui, mijo pa’llá”, le decía mamá todo el tiempo. Cuando terminó el patio se instaló como trabajador de la casa, seguía de conductor, hacía recados en la moto, nos recogía de la escuela, regaba el jardín, limpiaba los vidrios y cuanta cosa se le ocurriera a ella ponerlo a hacer, sin pensarlo pasó un año y este cada vez más feliz porque pronto acabaría su tiempo de servicio y retornaría a los brazos de su familia, en una época en la que cada día descendía muerte de los helicópteros.

A espaldas de toda esperanza viene una desesperanza y a él lo llamaron para ir al área, recuerdo que papá no quiso intervenir para que experimentara la realidad del mundo militar. José desapareció en combate en noviembre de 2004 y habita la negrura desde entonces. El

vacío que sentimos por su partida fue muy intenso, lo recuerdo constantemente, incluso hoy.

Imagen carmesí

Encadenados a la incertidumbre y a la agonía que se hacía condena, rezumaba de los ojos y las manos inquietas de muchos soldados un futuro borroso. Estaban irascibles e irritados, diariamente había peleas e insubordinaciones mientras se abarrotaba la pequeña prisión del batallón. El miedo a la muerte, a la penumbra donde habitan sus lanzas los desbordaba, congelando sus corazones.

Tras el barrio de suboficiales había un pequeño cerro que llamábamos El Barrilete, donde íbamos a elevar cometa (o barrilete), desde este lugar se podía observar casi la totalidad del batallón. Aquel agosto fue especialmente caluroso, en los linderos del camino yacían iguanas petrificadas que no habían podido encontrar refugio a tiempo, el viento soplaba fuerte, muchos barriletes nos fueron arrebatados sin vuelta hacia el empíreo mientras las hojas secas danzaban en incontables remolinos adornando el paisaje.

¡Pum! ¡pum! y las golondrinas se alzaron en vuelo caótico como queriendo escapar. La garita en la cima del cerro dejaba escapar gritos y sollozos, en su interior un soldado se aferraba al cadáver de otro mientras gritaba “levántese, levántese". La sangre escurría por los escalones, camuflando la pintura verde militar. Varios uniformados tuvieron que forzar al soldado para que soltara el cuerpo, lo abrazaba con un dolor inmenso como el océano que a sus espaldas oculta el sol.

Recapitulando, las experiencias dolorosas son tantas y el corazón de las personas que las vivieron es un mar de cicatrices, enfrentado con una dualidad a fuerza de incontables memorias luminiscentes. En mi caso, a las últimas todavía me aferro, porque el viento de aquellos días era muy cálido y correr era ameno. Volaban muchos gavilanes, creí que había nacido para correr allá. La recibía, y la lanzaba, lo repetimos una y otra vez, yo no necesitaba más que jugar a lanzar la pelota, si fuera para jugar otra vez, no me importaría volver.

Silencio insoportable

Este acápite reflexiona sobre las posiciones de las esposas que acompañaron a los suboficiales durante su carrera y se basa en material empírico que obtuve de conversaciones o con dos ex esposas de Sargentos Mayores. Lirio, quien es mi mamá y Lila, a quien quiero mucho porque en su casa encontré otro hogar, muchas veces como refugio del caos producto

de la relación entre mis padres. Ella fue nuestra vecina durante siete años, en los que tejimos vínculos profundos junto a su familia, con sus hijos hacíamos barriletes, practicamos boxeo y de ellos recuerdo los primeros "consejos" sobre cómo agradar a las mujeres. Al día de hoy nuestras familias se guardan un cariño profundo y las puertas de su casa en Corozal, como la de mi madre en Bogotá siempre están abiertas para ellas. Llama la atención que los matrimonios de estas dos mujeres encontraron el fin poco después que los sargentos se retiraran, sin la contención y el rédito institucional los problemas maritales se hicieron insostenibles.

El mundo militar como multiplicidad da lugar a relaciones de género que se alimentan del binarismo clásico entre hombre y mujer. Mara Viveros (2021b) subraya que es imposible pensar en la existencia de los hombres asociado a lo masculino como las coordenadas que la cultura fabrica a esta posición, sin su contraparte mujer-femenina. En este orden de ideas, aunque esta investigación se centra en una práctica social agenciada por hombres, particularmente aquellos percibidos desde la ejemplaridad y la idealización ligadas a un proyecto nacional, informa sobre las mujeres en tanto son atributos, actitudes y comportamientos que la sociedad les ha atribuido a ellos en oposición a estas, pues hombres y mujeres están inmersos en las mismas estructuras de dominación y percepción (cfr. Bourdieu 2000), ocupando posiciones diferentes.

Al campo militar le interesa pintarse sobre el cuerpo de hombres, como sobre las familias que estos constituyen, institución fundamental para garantizar que el trabajo de sus miembros se haga y en cierto modo esté contenido. El suboficial es una figura ausente para su familia, y esto se justifica con la idea que su trabajo cumple una función muy importante en la sociedad:

> *Narciso:* Sé que es un gran sacrificio ser militar, porque uno no tiene la fortuna de ver crecer a los hijos en forma permanente sino a pedacitos. Pero esto se ve compensado con las satisfacciones cuando se puede ayudar a alguien a salvar su vida y sus pertenencias del asedio de los terroristas. (Entrevista 16)

Esta suerte de "sacrificio" del militar es funcional para la nación en al menos dos vías. Primero, porque el militar al anteponer el amor a la nación sobre el de sus hijos, abre paso a "una manera de vincularse con otros en relación con un ideal" (Ahmed 2015, 194). Para los sargentos, este ideal se refiere a que ellos se consideran los responsables de traer tranquilidad y paz a la nación, protegiéndola de grupos que buscan subvertir su orden y sus valores, a los

que he aludido anteriormente. En consecuencia, se instaura una imagen pública del sujeto militar como defensor de un bien superior y por ello goza de reconocimiento social. Segundo, tal amor a la causa, a la defensa y al bien de la nación les sirve propiamente a los militares para obrar "en ausencia del objeto amado", aunque este objeto sea su familia, sus hijos (Ahmed 2015, 204). Para ellos la añoranza de su familia actúa como un faro que les ayuda a evitar las rocas en costas oscuras. Desde este marco de sentido, la defensa y consecución de una causa máxima ligada a la seguridad del territorio nacional funciona, de un lado, como un vehículo que le otorga identidad al militar, como una razón de ser en la comunidad y de otro lado, los lleva a relacionarse con población civil desde esa función "superior", un agente del orden que busca gravitar en la población. Resulta lógico entonces que las instituciones militares se conduzcan reproduciendo el capital que les otorga reconocimiento público. En esta vía es posible hallar otro significado impulsado por la masculinidad hegemónica, en tanto esta intenta representar "los intereses de la sociedad como un todo" (Connell 2015, 203).

Durante mis años de inmersión en las instituciones militares era muy común escucharlos lamentarse por no ver a sus hijos crecer, justificado bajo el sacrificio por el ideal. Para Young, esto es imperativo para pensar la relación existente entre el género y las políticas de seguridad, en la cual las actividades de las instituciones militares insertan en la nación a "aquellos protegidos, paradigmáticamente mujeres y niños, en una posición subordinada de dependencia y obediencia" (Young 2003, 2).

Las esposas de los militares tienen una perspectiva diferente, como dejó entrever Lila, ex esposa de un Sargento Mayor de Comando:

> *Lila:* Fue toda una vida, 36 años yo pendiente, atendiéndolo, sacándole a sus hijos adelante. Todo mientras él no estaba en la casa, él nunca llegó a la casa y no encontró una comida, tú sabes cómo era mi casa y como era yo, porque tú me conociste a mí desde que tú eras un niño (...) El hombre por lo regular es muy egoísta, el hombre sabe que la mujer está en la casa trabajando, haciendo esto y muchas que les toca salir a la calle y trabajar y llegar cansadas a continuar trabajando en la casa y ellos no valoran eso, ellos creen que el trabajo de ellos es lo único que tiene importancia. (Entrevista 22)

El hombre militar corporaliza su masculinidad a través del trabajo duro porque la naturaleza de sus deberes genera una imagen de estos como personas superiores y valientes,

como también las ideas de honor y lealtad que resguardan estos (Chowdhry 2013). De igual modo, esta división del militar como servidor y héroe público y su esposa como administradora doméstica se liga a la defensa de una institución familiar con un “matrimonio temprano y feliz" (Sommer, 251), erigido sobre la subordinación de las esposas militares en quienes recae, como lo expresa el fragmento anterior, el trabajo de cuidado y doméstico, con poco reconocimiento.

Presencié cómo los mandos militares intentaban prolongar la familia constituida, algunas esposas en su juventud recibieron visitas de la institución para evaluar si eran aptas o no para ser esposas militares:

> *Lila:* En mis tiempos a mí me hicieron una entrevista, fueron a mi casa donde yo vivía y me hicieron una visita para saber a qué se dedicaba mi familia, quién era mi papá, quién era mi mamá, dónde había estudiado yo. Me imagino que eso lo hacen con el fin de que ellos elijan buenas mujeres (...) y bueno ya el coronel en ese tiempo decidía si le da pase al matrimonio o no. Cuando eso yo ya estaba embarazada de Leo y, es más, a Fabio lo acuartelaron cinco días porque ya había formado la familia sin haber pedido permiso. (Entrevista 21)

Respecto al ámbito familiar, por más puro e ideal que lo tratan de mostrar, las instituciones militares mienten. De un lado justifican el lugar de las mujeres como rectora doméstica y emocional, se les ve posando junto a ellas en las ceremonias, de otro lado, permiten la conyugalidad no oficial, como en el caso de la mujer indígena de mi padre. Varios matrimonios de los cursos de los sargentos están hoy separados, muchos hombres mantuvieron en paralelo un hogar clandestino, con hijos de mi edad.

Cabe considerar, que en tal dinámica familiar se mueve un proyecto de género porque tanto la masculinidad del suboficial como la feminidad de su esposa son construcciones “cotidianas que se va significando y resignificando constantemente en función de la trama de relaciones que se establecen consigo mismo, con los otros y con la sociedad” (Viveros 2002, 122). En esta trama de relaciones la masculinidad se mueve desde una posición hegemónica sobre las demás y como ocurre en muchos lugares y en relaciones de género convencionales, estas gravitan de forma distinta en el espacio público respecto al privado:

> *Lila:* Tú los ves por fuera pues, eran los grandes señores, pero en sus casas cada quien tenía su forma de vivir, de hacer las cosas, tener una doble vida como digo yo, una

> vida de apariencia. Cuando había la reunión llevaban a la esposa a la reunión sacando pecho, porque uno es el adornito, el objeto que pueden movilizar para la conveniencia de los demás. Cuando ellos iban a una ceremonia no iban solos, les exigían que fueran acompañados de las esposas y como decía un coronel que hubo en el batallón, Colón (...) cuando le colocó dos medallas a Fabio, cada vez que le colocó una le decía: "esta medalla no se la merece usted sino su esposa". (Entrevista 22)

Las instituciones militares tienen un profundo interés en proyectar una imagen atada a la felicidad doméstica por más que no fuera la realidad en muchos casos. Esto obedece a su tarea en la narración de la nación. Apoyándome en las reflexiones de Doris Sommer, estimo que estas instituciones afirman su presencia en la nación, recurriendo a celebrar y defender un "heroísmo doméstico, sentimental y casi femenino" (2004, 166), tal como lo hacían algunas novelas nacionales de fines del siglo XIX.

No sé cómo funciona actualmente la consejería familiar de las instalaciones militares, en nuestra época de la intimidad del hogar, del trato entre sus miembros no se hablaba en público, a pesar de que muchas noches eran perturbadas por gritos y platos que se quebraban en mi casa o en las de otros vecinos:

> *Lila:* Tú sabes que ahí en el batallón sabían bastante de ese problema porque (...) yo por ejemplo fui una de las que fui donde la esposa del coronel y le dije que si iban a esperar que hubiera una tragedia, porque estaba bien que la señora daba motivos y todo eso, porque ella salía y dejaba a los niños solos y se iba supuestamente a parrandear pero eso no le daba autoridad al marido para llegar y levantarla a trompadas. (Entrevista 23)

En el relato anterior, llama la atención que Lila responsabiliza al hombre y a la institución militar, pero también culpa a la mujer, parece que las relaciones de género usuales llevan a las mujeres a rivalizar entre ellas, las dominadas contribuyen muchas veces "a su propia dominación al aceptar tácitamente los límites impuestos" (Bourdieu 2000, 31) por las categorías de opresión. En oposición, a los hombres, en quienes parece existir cierta "hermandad masculina, la cofradía de los hombres" (Segato 2018, 40). En los batallones no permitían que en público circularan críticas o se cuestionara las relaciones de los militares con sus esposas, cuando intenté preguntarles a ellos sobre este asunto siempre fueron muy evasivos, Nardo se negó por completo y Narciso me dijo que él sólo podía "hablar de su experiencia", sin meterse en "temas privados de otras personas" (Entrevista 8).

A la estela de Marta Zambrano (2008), sugiero que la representación que realizan las instituciones militares de la familia convencional como las experiencias de las exposas al interior de ella exponen "asimetrías de género" (2008, 165), que empapan "la definición y la identidad" (2008, 167) de ambas posiciones; la del militar-masculino y la de la esposa-femenina. Estas definiciones se graban en el cuerpo de ambas, en el caso de estas mujeres no ocurren sin la ayuda de prácticas violentas al interior del hogar como expone el relato anterior y las cuales parecen estar cubiertas por la protección institucional, guardando silencio. Mi madre recibía numerosos golpes a manos de mi padre, casi siempre viernes o sábados a altas horas de la noche cuando él volvía a nuestra casa en el batallón, luego de actividades de ocio bajo el "conveniente refugio de la intoxicación alcohólica" (2008, 166) que involucraban grandes cantidades de Aguardiente Antioqueño, su favorito. Las presencié en numerosas ocasiones, mi hermano y yo llorábamos a mares con ella, al ir creciendo nos enfrentamos a él, incluso a golpes, por dicha situación.

Lo anterior no es una condición coexistente de todas las dinámicas familiares del campo militar, ya que, a diferencia de mi propia familia, en la de Narciso no se presentaron tales manifestaciones de violencia y conflicto familiar. Recuerdo que él y su esposa tenían una muy buena relación y siempre que las veía deslumbraban cariño. Como esta narración que ilustra cómo la conoció:

> *Narciso*: Lo más bonito fue el 11 de febrero de 1994, cuando conocí a esta bella mujer, en el carnaval de Corozal-Sucre (...) la tía que se llama Berta me presentó a esa joven, a ella se le habían acabado las bolsas de agua [el agua que se tira en el carnaval] y yo le compré una cava con 10 bolsas de agua, después vino que se le había acabado la maicena [que también se lanza en el carnaval] y le compré una caja, la que trae doce maicenas y se las regalé también y ya se cansó, y yo la invité a bailar una canción, un vallenato muy bonito, pero ella me dijo que no sabía bailar, ¡Qué embarrada! (...) hubo química y hablamos mucho, pero ella el 17 de febrero cumplía años, es más, el miércoles cumple años ¡Ojo! para que la felicites [reímos y ella se asoma a la cámara]
>
> *Adrián:* Ya casi, ¡ahh!, toca llamarla [entre risas]
>
> *Narciso*: Sí, el 17 de febrero ella cumplía años, me dijo. Yo le dije que iba a darle un regalo que ella nunca se iba a olvidar en su vida. Ese día le mandé el ramo de flores más bonito que hacían en esa floristería de aquí de Corozal, floristería: el recuerdo, me acuerdo mucho. Lo recibió (...) y a los días, todavía en Carnaval, porque duran

como seis o siete días los carnavales, pal cierre, pal reinado, la vi nuevamente y dialogamos un buen rato y se dio… Le pedí que fuera mi novia y hasta el sol de hoy [riendo]

Adrián: ¡Veeerdaa!, ¿bacano no? En el cierre del carnaval y todo…

Narciso: Sí, la gente dice que el amor a primera vista no se da, pero hay veces que sí. (Entrevista 9)

Al igual que los sargentos, sus esposas también están cruzadas por diferentes sistemas de opresión y diferencia como lo intentaré ilustrar con el siguiente relato de la vida de Lirio, ella comparte coordenadas de clase similares de Nardo, sumadas al peso de ser mujer.

Un rostro gris

La familia Amado, la de mi madre, se originó en Santander por los lares de Vélez, una zona de colonización temprana. Este no es su apellido paterno porque a Olivo, su padre, lo asesinaron por una disputa de tierras cuando ella tenía ocho años, en 1973 y no contaba con registro civil de nacimiento. *Mira mis ojos, te juro que siempre te busqué para no perderte en el camino hacia la eternidad,* le repite mi madre a sus memorias porque de él no tenemos una sola foto y sin conocerlo lo recuerdo como un paladín. Ella quería un hombre que la protegiera, que le presagiase que todo iría bien, diciendo: “siempre vas a ser perfecta e irrepetible”, como él para ella. En cambio, recuerda un barbirrojo con el rostro sombrío.

Hermana mayor

Mi abuela entabló otra relación de la cual tuvo diez hijos e hijas y de los cuales a cinco mi madre los crió en medio del desprecio y las palizas que recibía de su padrastro, a veces, a escondidas iba a buscar refugio donde su nona paterna. Con el tiempo y el peso de la miseria en un hogar, que nunca sintió suyo, decidió escapar de su casa hacia Vélez, donde la emplearon en un hogar por algún tiempo hasta que tuvo la oportunidad de ir a trabajar a Cartagena, a la joyería de unos conocidos del vecindario.

Cartagena “frente al océano del mundo”

Mi madre, mientras estuvo en Santander, nunca asistió al colegio, cuando llegó a Cartagena fue como si descubriera otro mundo donde deambulaban gentes, colores y aromas que su estrecha frontera cultural no le permitían descifrar. Se levantaba antes de las cinco para hacer los quehaceres domésticos de la casa de sus patrones, donde vivía en un cuarto de

servicio en el patio. Hoy mantiene una gran amistad con Lesly y Freddy, los hijos de esa familia. Trabajaba en la joyería de diez a una y aprovechaba la pausa del almuerzo que en el Caribe es larga, para trabajar en un restaurante cercano a la joyería, en el centro amurallado con la seño Adoración, de quien aprendió platos tradicionales de la región como el arroz de coco con titoté y regresaba a la joyería para otra jornada de cuatro a siete. Finalmente, de ocho a diez y media asistía a una pequeña escuela nocturna impartida por una congregación de monjas, en la que logró terminar la primaria. No sé cómo hacía, pero incluso tenía tiempo para la parranda el fin de semana, en una playa clandestina en Crespo a ritmo de champeta, en la cual había que estar alerta porque la policía reprimía estas aglomeraciones. Era 1984 y así conoció a Nardo, un cabo de Infantería de Marina.

Leguízamo y el matrimonio con Nardo

En 1986 a Nardo lo trasladaron a Puerto Leguízamo, durante un tiempo mantuvieron el romance por correspondencia, hasta que en el 87 él viajó a Cartagena a pedirle matrimonio y convencerla de que viajaran juntas a Leguízamo. “Nooo, papito, él me pintó eso muy distinto, raro él diciendo mentiras [sonríe con ironía]. Cuando llegué allá me di cuenta que era la cola del burro, muy feo y abandonado” (Entrevista 17). A su matrimonio no asistió nadie de sus familias, solo militares dentro de la base de Leguízamo. Nardo se presentó en estado de embriaguez, cual presagio de una tragedia.

A las pocas semanas del matrimonio comenzó una vida de arrepentimiento, “yo aguanté tanto por ustedes, yo sabía que si me iba él nunca iba a darnos nada” (Entrevista 18). Papá cuando no estaba en el área se perdía tres y cuatro días en borracheras, el poco tiempo que compartían estaba plagado de discusiones y peleas, en un lugar donde ella no tenía ningún vínculo para refugiarse más que en el cuidado de sus dos bebés.

Buenaventura, un mar sin calma

Mis primeros recuerdos familiares son en este lugar, para mí y mi hermano durante los seis años que estuvimos allí, el trabajo de papá era como guarda de seguridad en el puerto, en una empresa llamada Atlas. No teníamos ni idea de que era militar porque en este tiempo su misión era en inteligencia, de encubierto, nos enteramos en 2001 cuando un gran camión llegó a nuestra casa a recoger nuestros bienes y a nosotros porque nos íbamos a Sucre.

Lirio siempre ha sido muy buena para establecer amistades y complicidades, en Buenaventura aprendió a realizar repujados en aluminio y a bordar con una vecina, lo que le

sirvió para rebuscarse algunos pesos porque Nardo no le permitía conseguir un trabajo asalariado:

> *Lirio:* no le gustaba que yo saliera, siempre con el cuento de que se mataba para que ustedes no se quedaran solos, si él quería estar con ustedes por qué cada vez que podía se iba a tomar, se largaba con viejas, era el chacho en la calle, porque él en la calle siempre fue el que más mandaba, el que tenía la plata y nosotros en la casa pasando trabajo (...) Yo trataba de salir cuando él no estaba y ¡ay papito!, un día llegué y estaba esperándome, hasta revólver me sacó, que me iba a matar por andar de fufa (...) ese día doña Rosa, tu madrina, me salvó, como ella vivía arriba se dio cuenta y comenzó a gritarle que iba a llamar a la policía sino me soltaba. (Entrevista 19)

Figura 7. Nuestra familia en Buenaventura

Fuente: archivo familiar. Buenaventura, 1997.

Corozal-Cartagena, de vuelta a su tierra adoptiva

De 2000 a 2008 vivimos en bases militares entre Corozal y Cartagena. A diferencia de Buenaventura, donde parece que Nardo no tenía contención alguna, en estos lugares con vecinos militares y porque ascendió en su carrera y, con ello, la exigencia de un estatus, la

dinámica familiar mejoró, pero era muy ambivalente, momentos muy felices con viajes y expresiones notorias de amor entre ellos, como también caos y forcejeos. Hacia 2005 recuerdo que ella estudiaba con nosotros porque quería culminar su bachillerato, cuando yo cursaba séptimo grado ella se recibió como bachiller. Los años siguientes, ingresó a una corporación técnica para cursar estudios en estética, los cuales no pudo acabar porque él dejó de apoyarla, sin embargo, siempre se inventaba cómo tener dinero para sus cosas y fue muy hábil entablando relaciones con esposas de oficiales y mujeres militares a quienes les hacía masajes y recomendaba otras técnicas para perder peso. Pienso que esto limitó mucho el trato que recibió de papá, a partir de allí él no volvió a las expresiones del pasado, aunque seguía siendo una figura ausente en el hogar sus dinámicas afectivas se tornaron más llevaderas para ambas.

Bogotá, volver a ella, al amor propio

"El traslado de tu papá a Bogotá fue de lo mejor que me pasó cuando estuve con él, fue como volver a nacer, hago muchas cosas que antes no podía" (Entrevista 20). A finales de 2008 por el ascenso de Nardo a Sargento Mayor vinimos a Bogotá y la vida citadina la empoderó mucho, pudo trabajar sistemáticamente y terminar sus estudios de estética y de auxiliar de enfermería, desde 2013 trabaja en una clínica homeopática y se ha formado en sanación y terapias de rehabilitación para el dolor crónico, al que parece entender a cabalidad.

Su matrimonio tuvo la suerte de Roma, devastado. Nardo vive solo en Medellín, buscando el norte que nunca encontró. De Lirio me cuesta mucho entender su resiliencia, toda una vida bajo un rocío doloroso que no la marchitó. Lucha, lucha, sus palabras se repiten y aún resuenan en mi mente.

De los Amado soy el único con un título universitario, el capital social y el privilegio que mi familia consiguió en la vida militar me permitió esto, como a muchas otras familias y personas que han encontrado movilidad social en estas instituciones. No obstante, a algunas personas como a mi hermano, este tipo de dinámica familiar impactó muchísimo en sus relaciones afectivas, él se resiste a hablar sobre los asuntos de esta investigación y después de tantos años no logra entablar una relación fluida con Nardo, no es fácil mirar al pozo cuando este habita dentro de ti. Como familia nos debemos conversaciones y perdones, dejando correr el agua bajo nuestros corazones.

Tristemente, Nardo parece condenado a la soledad. Como una flor vieja, que cada día

renuncia a su fulgor. A diferencia de Lirio, quien luego de su separación no deja de florecer.

Nardo germinó en campos mortecinos, con una fuerza tal que alejaba a quienes lo contemplaban, familiares o pares militares. Como he expresado, es un hombre que se muestra muy fuerte y poco expresivo, nunca le he escuchado decir que tiene amigos. Tanto así que su ascenso a sargento mayor estuvo en peligro, porque cuando era cabo en Cartagena, en una guardia, le pegó con la culata del fusil a un soldado, rompiéndole la mandíbula. Lo que le valió una anotación disciplinaria en su folio. Lo salvó el encanto y las influencias de Lirio, quien era muy amiga de un general y su esposa. Parece que abogó por él a petición de ella. Este es uno de los tantos ejemplos del embeleso que produce Lirio y del amor honesto que busca dar. En este caso, a Nardo, quien, sin merecerlo, por su ayuda posee su mayor orgullo militar: el ascenso a un rango de muy difícil acceso. La historia de Nardo y Lirio es una historia de amor, arrepentimiento y pérdida.

Gracias a las reflexiones personales producto de esta investigación dejaré atrás el último amargo recuerdo que quema como el más fragoso adiós, abrazando a Nardo (papá) y a Lirio (mamá) por su valentía, porque se rehusaron a ser derrotados y en sus vidas encontraron un bastión de orgullo y sonrisas.

Conclusiones

La condena del camuflado

Allá nadie ve nada; la ley del silencio.
Narciso

Hacen falta muchas voces para gritar al viento los sufrimientos y la condena que las instituciones militares le grabaron a los protagonistas de estas páginas. Son cadenas vestidas de seda porque en sintonía con las opresiones estructurales en Colombia, las instituciones militares inventan una ruta meliflua para hombres que nacieron con la espada al cuello. En la madeja de explotaciones estructurales e históricas esta institución construye un arco para reforzar las múltiples caras de la diferencia, escondido tras la promesa de incesantes óbolos.

Mi ilusión con estas páginas y la exposición de las experiencias de los suboficiales y sus familias en su trasegar, es llamar la atención acerca de la infausta persistencia de las matrices de dominación de las narrativas nacionales, mediante la agregación de diferentes personas y comunidades a un juego cerrado, donde sus agencias navegan por un canal tallado por las manos de la segregación de clase, étnica y de género con implicaciones sobre los hombres militares, las mujeres, y sus familiares que habitaron el campo militar entre 1983 y 2015.

Siguiendo el camino sugerido por Mara Viveros (2002), esta investigación interrogó por las configuraciones biográficas ancladas al universo institucional militar y sus localidades, actividades pedagógicas y bélicas que nutren las identidades masculinas de los sargentos y las femeninas que estriban en sus relatos. Al examinarlas encontré que la masculinidad es una práctica que no se detiene. Como ejemplifican las narraciones de los agentes, estos bebieron en diferentes momentos significados sobre “cómo ser, sentir y pensar como varón” (Viveros 2002, 123). Al referirme a ellos como habitantes de una posición masculina y militarizada no hablo de su vida pasada, porque esta se narra en el presente. La masculinidad transcurre con sus vidas, los acompañó entonces y también ahora, cada vez más áspera y profunda, difícil de socavar.

La posición masculina del suboficial no es un destino generalizado para los hombres en Colombia, en su génesis ella se alimenta del hambre y la conciencia nefelibata de algunos que se rehusaron a ser sombras pisoteadas, luchando por la supervivencia y la dignidad encontraron en la Infantería de Marina la posibilidad de ascender socialmente. Después de

casi treinta años de carrera, con actividades repetitivas como el entrenamiento, el patrullaje, el porte del uniforme y un estilo, germinaron en ellos significados y memorias situadas, cual antorcha en mano ilumina sus pasos. Sumergidos en los significados del mundo militar y masculino, Nardo y Narciso los usan para alumbrar las otredades que encontraron en sus trayectorias como para justificarse a sí mismos, estos significados no son para nada inocentes, con ellos aflora una amalgama de desigualdades y subalternización arrojada principalmente sobre el cuerpo de las mujeres como sus esposas, pero también sobre el de ellos mismos.

Es imposible interpretar la posición masculina de los suboficiales sin hablar de la desigualdad entre posiciones sexuadas, como las jerarquías raciales y étnicas promovidas por la ideología nacional de las instituciones militares. La concentración en la suboficialidad de cuerpos generalmente con la piel oscura, provenientes de campos regados de miseria y barrios segregados, como la defensa de una institución familiar, de la nación jerárquica, blanca y heterosexual contra la subversión y, unas creencias que violentan a las mujeres, es el resultado de políticas estatales y lógicas de diferenciación que buscan guarnecer el gobierno de los varones. Excavando en los códigos sembrados en las posiciones de los suboficiales encontré gracias a la obra de Marta Zambrano (2008) unos regímenes de construcción masculina que nacen de un memorial añejo, que al igual que la nación, es una ficción fabricada por hombres intelectuales de élite, resguardada y publicada constantemente en el cuerpo de los militares gracias a la inculcación de una subjetividad basada en ese saber, mediante prácticas como el entrenamiento, el combate, la formación de una familia, entre otras. Resulta espectacular que aunque estos hombres perciben su vida realizada y hoy gozan de una pensión por la trayectoría descrita, algunas prácticas militares aún viven en ellos. Narciso pertenece a grupos autodenominados veteranos de guerra y sigue visitando batallones para aconsejar a militares jóvenes. Nardo se levanta junto a la primera luz del día a su rutinaria sesión de trote de siete kilómetros, alrededor del Parque Juanes de la Paz, en Medellín.

En este régimen de construcción masculino hallé también lo que Stephen Greenblatt (2010a) denota como “movilidad cultural”, en referencia al “inquietante proceso a través del cual textos, imágenes, artefactos e ideas se mueven, disfrazan, traducen, transforman, adaptan y reinventan en el incesante e ingenioso trabajo de la cultura” (2010a, 4). Argumento que en las instituciones militares ocurre una movilidad cultural cuando toman al pasado y a su vez, el pasado las toma a ellas. Un cruce de caminos, de los valores de las comunidades ilustradas del siglo XIX y los intereses de las élites actuales siempre en reinterpretación, una

“metamorfosis continua” (2010b, 77) de sombras que pueden proyectarse desde cualquier cuerpo. Ambos representados, transmitidos y “experimentados” (2010a, 16) en las posiciones de los sargentos.

Esta investigación buscó llamar la atención sobre asuntos que ocurren en el corazón de las instituciones militares, internándose tras su espectacular propaganda, el ruido de los disparos y los cantos militares. Precisamente, uno de sus principales aportes es servir de pórtico a la entrada de una comunidad simbólica que guarda mucho hermetismo, que celosamente vigila lo que se puede decir y que cuenta con una producción intelectual nutrida, pero silenciosa frente a temas incómodos como las relaciones familiares y su juego en la preservación de las matrices de opresión y diferenciación.

Queda mucho por saber y caminos por emprender al estudiar el universo militar. Personalmente me pregunto sobre las configuraciones particulares de los rangos más bajos de la institución donde la vida familiar o el origen de sus miembros se presenta de una manera distinta, al igual que el capital institucional. No puedo esconder que estas reflexiones se apoyan sobre privilegios particulares de mi masculinidad que me ubicaron en un espacio accesible para varones, por ello es notorio mi silencio frente a cómo se configura, por ejemplo, la feminidad de mis congéneres.

La relación de las instituciones militares con las localidades contiguas a sus instalaciones merece aún mucho más análisis y profundización. Desde una perspectiva de género, por ejemplo, los militares salen de permiso y gastan su salario en los establecimientos vecinos, lo que despierta dinámicas de intercambio complejas como cuando Nardo se “metió” al resguardo indígena en Puerto Leguízamo, al respecto hay nutridos análisis como el de Gabriel Gallegos (2020) sobre el aumento de la prostitución y el tráfico sexual en cercanías a instalaciones militares. La Infantería de Marina tiene una vocación hídrica y por ello interactúa principalmente con poblaciones que desarrollan prácticas económicas y de conocimiento en enclaves fluviales y marítimos, así que sobre la ocupación de los ríos y costas pueden emerger análisis en muchas direcciones como el impacto en las relaciones con el entorno natural y productivo.

Encontré un límite en la mirada biográfica, en su dificultad para aprehender las prácticas de saber. Si bien me permitió pensar en el conocimiento que han desarrollado y empleado los sargentos para ser y actuar, por las formas cómo este se inscribe en sus subjetividades, por su actuar en la construcción de alteridades, no me permitió problematizar

a profundidad las formas (espacios y tiempos) en que ese saber se genera y reproduce. Tema por el que me interesé tardíamente. Así mismo, los significados que timoneaban las trayectorias de los suboficiales abrieron complejos asuntos transnacionales y geopolíticos, como la insidiosa influencia y hegemonía norteamericana, sobre los que se puede investigar largamente.

Para terminar, no puedo evitar señalar las incomodidades que esta investigación me genera. Trabajo con adolescentes en formación y, cuando los invito a lidiar con sus propios afectos, a confrontar a sus padres y a sí mismas, no puedo evitar pensar lo difícil que ha sido esto para mí y las deudas que tengo conmigo. Porque tras máscaras, la vida sigue su curso. He podido reencontrarme con mis familiares y conmigo mismo. Con ellas, porque al conocer en detalle las prácticas de poder a las que fueron sometidas, he dejado atrás ciertos resentimientos. Y conmigo mismo, para agitar las columnas que sostienen mi vida, para no verme en el suelo nuevamente, para ignorar el seductor susurro del hombre que no pude ser y su perfecta imagen. Comienzo a sentir su fin.

Referencias empíricas y bibliográficas

Entrevistas y notas de campo

- Entrevista 1: Mauro, 30 de agosto de 2020 en Bogotá. 132 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 2: Nardo, 4 de septiembre de 2020 en Bogotá. 102 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 3: Nardo, 16 de septiembre de 2020 en Bogotá. 92 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 4: Nardo, 22 de septiembre de 2020 en Bogotá. 117 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 5: Nardo, 3 de diciembre de 2020 en Bogotá. 86 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 6: Nardo, 19 de diciembre de 2020 en Bogotá. 57 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 7: Nardo, 7 de enero de 2021 en Bogotá. 109 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 8: Nardo, 8 de enero de 2021 en Bogotá. 39 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 9: Narciso, 13 de febrero de 2021 (virtual). 81 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 10: Narciso, 5 de mayo de 2021 (virtual). 64 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 11: Narciso, 30 de julio de 2021 (virtual). 69 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 12: Narciso, 8 de noviembre de 2021 (virtual). 84 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 13: Narciso, 29 de abril de 2021 (virtual). 48 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 15: Narciso, 27 de junio de 2022 (virtual). 77 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 16: Narciso, octubre 14 de 2022 (virtual). 86 minutos. Grabación y notas de

campo.

- Entrevista 17: Lirio, noviembre 14 de 2022 en Bogotá 62 minutos. Notas de campo.
- Entrevista 18: Lirio, diciembre 8 de 2022 en Bogotá. 79 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 19: Lirio, enero 3 de 2022 en Bogotá. 53 minutos. Notas de campo.
- Entrevista 20: Lirio, enero 16 de 2022 en San Antonio del Tequendama. 97 minutos. Notas de campo.
- Entrevista 21: Lila, febrero 19 de 2023 en Bogotá. 101 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 22: Lila, febrero 22 de 2023 en Bogotá. 112 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 23: Lila, marzo 15 de 2023 (virtual). 128 minutos. Grabación y notas de campo.
- Entrevista 24: Diana, agosto 31 de 2023 en Bogotá. 62 minutos. Grabación y notas de campo.
- Notas de campo: Medellín, febrero 3-9 de 2023, manuscritas.

Fuentes primarias

- *Diario Político de Santafé de Bogotá.* Vol 1 agosto 27. Santafé de Bogotá: Imprenta Real, 1811. https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/1392
- *El 20 de julio y el General Mosquera.* Bogotá: Imprenta de Gaitán, 1866. https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/20
- *El Aficionado (1).* Bogotá: Imprenta del E. por Nicomedes Lora, 1823. https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/131025/0
- *El Noticioso (2).* Bogotá: Espinosa, 1823. https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/89116/0

Libros, artículos y tesis

- Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones.* Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- Alcázar, Ana. *Relaciones en disputa: nación, género, raza y turismo en Cuba.* Maguaré 27, 1 (2013): 29-50. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/74561
- Alexievich, Svetlana. *La guerra no tiene rostro de mujer.* Barcelona: Random House,

2015.

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo.* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Anzaldua, Gloria. *Borderlans/la frontera. La nueva mestiza.* Madrid: Capitán Swing, 2016.
- Appy, Christian. *Working-class war. American combat soldiers and Vietnam.* Chapel Hill: The University of North Carolina press, 1993.
- Aprile, Jacques y Gilma Mosquera. *Clases, segregación y barrios.* Cali: Universidad del Valle, 1984.
- Armada Nacional. *A la mar* 126, (2013): 1-16. https://www.armada.mil.co/sites/default/files/periodico_a_la_mar_edicion_126_0.pdf
- Armada Nacional. *La batalla decisiva. La gesta del gran almirante José Padilla, que condujo a la libertad de América del Sur.* Bogotá: Armada Nacional; Planeta, 2023a. https://www.armada.mil.co/sites/default/files/La_batalla_decisiva-junio_21_Baja.pdf
- Avant, Deborah y Renée de Nevers. *Military Contractors & the American Way of War.* Daedalus 140, 3 (2011): 89-99. https://doi.org/10.1162/DAED_a_00100
- Baker, Catherine. *Making War on Bodies. Militarisation, aesthetics and embodiment in international politics.* Edinburgh University Press, 2010. https://doi.org/10.1515/9781474446204
- Basham, Victoria, Aaron Belkin y Jess Gifkins. *What is Critical Military Studies*. Critical Military Studies 1, (2015): 1-2. http://dx.doi.org/10.1080/23337486.2015.1006879
- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura.* Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Bhabha, Homi K.. *Nación y narración: entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura.* México: Grijalbo, 1990.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina.* Barcelona: Anagrama, 2000.
- Bourdieu, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales.* Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.
- Bourdieu, Pierre. *La miseria del mundo.* Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2007.
- Bourgois, Philippe. *En busca de respeto. Vendiendo Crack en Harlem.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- Buitrago, Miguel y Miguel Suárez. *Historia de la interacción político-militar entre*

guerrillas colombianas, 1964-2015. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 44, 2 (2017): 199-225. https://doi.org/10.15446/achsc.v44n2.64021

- Carrasquer, Pilar. *El redescubrimiento del trabajo de cuidados. Algunas reflexiones desde la sociología.* Cuadernos de Relaciones Laborales 31, 1 (2013): 91-113. https://revistas.ucm.es/index.php/CRLA/issue/view/2377
- Castillo, Andrea y Andrea Neira. *Hombres de verdad: urdimbres y contrastes entre masculinidades paramilitares y farianas.* Nómadas 53 (2020): 123-139. https://dx.doi.org/10.30578/nomadas.n53a7
- Castrillón, Javier y René Guerra. *A deep influence: United States-Colombia bilateral relations and security sector reform (SSR), 1994-2002.* Opera 20, (2017): 35-54. https://doi.org/10.18601/16578651.n20.03
- Chomsky, Noam. *Plan Colombia.* Innovar 16 (2000): 9-26. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/36637
- Chowdhry, Prem. *Militarized Masculinities: Shaped and Reshaped in Colonial South-East Punjab.* Moderns Asian Studies 47, 3 (2013): 713-750. https://doi.org/10.1017/S0026749X11000539
- Collins, Patricia. "Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro". En *Feminismos Negros. Una antología*, editado por Mercedes Jabardo, 99-134. Madrid: Traficante de sueños, 2012. https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Feminismos%20negros-TdS.pdf
- Connell, Raewyn. "La organización social de la masculinidad". En *Masculinidad/es: poder y crisis*, editado por Teresa Valdés y José Olavarría, 31-48. Santiago: Isis, 1997.
- Connell, Raewyn. *El género en serio. Cambio global, vida personal, luchas sociales.* Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- Connell, Raewyn. *Masculinidades.* Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 2015.
- Cooney, Richard, Karin de Angelis y Mady Wechsler. *Moving with the Military: Race, Class, and Gender Differences in the Employment Consequences of Tied Migration.* Race, Gender & Class 18, 1-2 (2011): 360-384. https://www.jstor.org/stable/23884884
- Cota, Ariana. *Procesos de agenciamiento junto a Stop Represión Granada y un ejercicio de autoetnografía vulnerable.* Papeles del CEIC 207, 1 (2019): 1-19. https://doi.org/10.1387/pceic.19530

- Curiel, Ochy. *La nación heterosexual. Análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación.* Bogotá: Brecha Lésbica, 2013.
- Dane, departamento administrativo nacional de estadística. *La pobreza en Colombia I.* Bogotá: Dane, 1989. https://biblioteca.dane.gov.co/media/libros/LD_08543_T_1_EJ_3.PDF
- De Coninck, Frédéric y Francis Godard. "El enfoque biográfico a prueba de interpretaciones". En *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*, editado por Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio, 250-292. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1998. https://doi.org/10.4000/books.ifea.3521
- Del Molino, Ricardo. *Dioses de la guerra y héroes grecorromanos en el primer pensamiento militar republicano neogranadino (1810-1816).* Revista Científica General José María Córdova 17, 27 (2019): 581-602. http://dx.doi.org/10.21830/19006586.480
- Dussel, Enrique. *Política de la liberación. Historia mundial y crítica.* Madrid: Trotta, 2007.
- Ejército Nacional de Colombia. *Juntos por El Salado*. Bogotá: Sello editorial del Ejército, 2022. https://doi.org/10.47961/9789585330849
- Ellis, Carolyn, Tony E. Adams, y Arthur P. Bochner. *Autoetnografía: un panorama.* Astrolabio 14, (2015): 249-73. https://doi.org/10.55441/1668.7515.n14.11626
- Enloe, Cynthia. *The recruiter and the sceptic: a critical feminist approach to military studies.* Critical Militar Studies 1, 1 (2015): 3-10. http://dx.doi.org/10.1080/23337486.2014.961746
- Escobar, Arturo. *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia.* Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2012.
- Esguerra, Camila. *Etnografía, acción feminista y cuidado: una reflexión personal mínima*. Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología 35, (2019): 91-111. https://doi.org/10.7440/antipoda35.2019.05
- Estrada, Jairo. "Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada. Elementos para una interpretación histórica del conflicto social y armado". En *Conflicto social y rebelión armada en Colombia. Ensayos críticos.* Bogotá: Gentes del Común, 2015.
- Evans, Dan. "Basic Training". En *Making War on Bodies,* editado por Catherine Baker, 31-53. Edimburgo: Edinburgh University Press, 2020. https://doi.org/10.1515/9781474446204-005

- Fishel, Stefanie. *Remembering nukes: collective memories and countering state history.* Critical Militar Studies 1, 2 (2015): 131-144. http://dx.doi.org/10.1080/23337486.2015.1050267
- Forero, Ana María. *El coronel no tiene quien le escuche. Una aproximación antropológica a las narrativas militares.* Bogotá: Universidad de los Andes, 2017. https://www.researchgate.net/publication/320852259_El_coronel_no_tiene_quien_le_escuche_una_aproximacion_antropologica_a_las_narrativas_militares
- Foucault, Michel. *Dits et écrits II.* París: Gallimard, 1994.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Fuerza Aérea de Colombia y Fundación Para la Protección de los Derechos de las Víctimas de Secuestro Desaparición Forzada y Otros Hechos Victimizantes. I*nforme colectivo de miembros de la fuerza aérea colombiana víctimas del conflicto armado interno.* Bogotá, 2019. https://www.fac.mil.co/sites/default/files/linktransparencia/informacioninteres/informesjep/primerinformecorrecto.pdf
- Galvis, Ronald y Pablo Pinzón. *Plan de campaña bicentenario"héroes de la libertad". Recopilación operacional, génesis, desarrollo e historia*. Bogotá: Ejército Nacional de Colombia, 2022. https://libroscedoc.com/index.php/cedoc/catalog/book/75
- Goffman, Erving. I*nternados. Ensayo sobre la situación de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- Gramsci, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno.* Madrid: Nueva visión, 1980.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel. Volumen 6.* México: Era, 1981.
- Greenblatt, Stephen. *Maravillosas posesiones. El asombro ante el Nuevo Mundo.* Barcelona: Marbot ediciones, 2008.
- Greenblatt, Stephen. "Cultural Mobility: an introduction". En *Cultural Mobility: a manifesto,* por Stephen Greenblatt, Ines G. Županov, Reinhard Meyer-Kalkus, Heike Paul, Pál Nyíri, y Friederike Pannewick, 1-23. Cambridge: Cambridge University Press, 2010a.
- Greenblatt, Stephen. "Theatrical Mobility". En *Cultural Mobility: a manifesto,* por Stephen Greenblatt, Ines G. Županov, Reinhard Meyer-Kalkus, Heike Paul, Pál Nyíri, y Friederike Pannewick, 75-95. Cambridge: Cambridge University Press, 2010b.

- Guber, Rosana. *La etnografía, método, campo y reflexividad.* Siglo XXI. Buenos Aires, 2011.
- Hall, Stuart. *El triángulo funesto. Raza, etnia, nación.* Madrid: Traficante de sueños, 2019.
- Hernández, Nelson y José Vera. *Análisis prospectivo y estratégico de la Infantería de Marina de la República de Colombia al año 2030.* Trabajo de grado. Universidad Externado de Colombia, 2017. https://doi.org/10.57998/bdigital.handle.001.696
- Highmore, Ben. *Aesthetic matters: writing and Cultural Studies.* Cultural Studies 32, (2017): 240-260. https://doi.org/10.1080/09502386.2017.1298641
- Jimeno, Myriam. *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Kanafani, Ghassan. *On zionist literature.* Oxford: Ebb Books y Liberated Texts, 2022.
- Legarreta, Iza. *El tiempo donado en el ámbito doméstico. Reflexiones para el análisis del trabajo doméstico y los cuidados.* Cuadernos de Relaciones Laborales 26,2 (2009), 45-69. https://revistas.ucm.es/index.php/CRLA/article/view/CRLA0808220045A
- Loaiza, Gilberto. *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886).* Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011.
- Martínez, Alejandra. *La crisis del héroe: una autoetnografía sobre la pérdida de la masculinidad hegemónica.* Aposta. Revista de Ciencias Sociales 80, (2019): 98-108. http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/amartinez3.pdf
- Martínez, Armando. *El General Padilla: sangre y fuego en la Batalla Naval del Lago de Maracaibo.* Revista ARC (Armada República de Colombia) 113, (2023b): 22-23: https://www.armada.mil.co/es/content/revista-arc-113
- Marx, Karl. *El 18 de brumario de Luis Bonaparte.* Madrid: Fundación Federico Engels, 2003.
- Miyamoto, Yuki. *Unbearable light/ness of the bombing: normalizing violence and banalizing the horror of the atomic bomb experiences.* Critical Militar Studies 1, 2 (2015): 116-130. http://dx.doi.org/10.1080/23337486.2015.1050268
- Morse, Stephanie y Kevin Wright. *Imprisoned men: masculinity variability and implications for Correctional Programming*. Policy, Practice and Research 7, 1 (2022): 23-45 https://doi.org/10.1080/23774657.2019.1694854
- Moskos, Charles. *The American enlisted man. The rank and file in today's military.* New York: Russell Sage Foundation, 1970.

- Nietzsche, Friedrich. *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida.* Madrid: Edaf, 2004.
- Osorio, Zenaida. *Personas ilustradas: la imagen de las personas en la iconografía escolar colombiana.* Bogotá: Colciencias, 2001.
- Parrini, Rodrigo. *Retóricas del Amo. Políticas de la masculinidad y restauraciones fálicas.* Nomadías 27, (2019): 183-205. https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/54381
- Radcliffe, Sarah y Sallie Westwood. *Rehaciendo la nación. Lugar, identidad y política en América Latina.* Quito:Abya–Yala, 1999.
- Ricoeur, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido.* Universidad Autónoma de Madrid. España, 1999.
- Ricoeur, Paul. *La vida: un relato en busca de narrador.* Ágora, Vol. 25, 2 de 2006.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración III: el tiempo narrado.* Siglo XXI. México, 2009.
- Rivera, Samuel. *Identidades oficiales y colectivas de los oficiales de las fuerzas militares colombianas.* Trabajo de grado. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2016. http://hdl.handle.net/10554/21083
- Romero, Raúl. *Memorias enfrentadas: Centenario Nación y Estado 1910-1921*. Memorias, revista digital de Historia y Arqueología desde el Caribe 2, (2005). https://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/memorias/article/view/232
- Romero, Raúl. *El día de la Independencia en Colombia. La exclusión de los hechos históricos de la región Caribe. 1821-1919*. Memorias, revista digital de Historia y Arqueología desde el Caribe 21, (2013): 101-129. https://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/memorias/article/view/3860/3403
- Said, Edward. *Orientalismo*. Barcelona: Random House, 2002.
- Sancho, Juana, Fernando Hernández, Fernando Herraiz y Judit Vidiella. *Una investigación narrativa en torno al aprendizaje de las masculinidades en la escuela.* Revista mexicana de investigación educativa 27, 43 (2009): 1155-1189. https://www.redalyc.org/pdf/140/14011808008.pdf
- Schultze-Kraft, Markus. “La cuestión militar en Colombia: la fuerza pública y los retos de la construcción de la paz”. En *Construcción de paz en Colombia*, editado por Angelika Rettberg, 405-433. Bogotá: Universidad de los Andes, 2012. https://opendocs.ids.ac.uk/opendocs/bitstream/handle/20.500.12413/2362/LaCuestionMilitar.pdf
- Segato, Rita. *Contra-pedagogías de la crueldad.* Buenos Aires: Prometeo Libros,

2018.

- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina.* Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Tapias, César. *Historias de familia: etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas.* Bogotá: Universidad del Rosario, 2014.
- Taussig, Michael. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación.* Bogotá: Norma, 2002.
- Theidon, Kimberly. *Reconstructing Masculinities: The Disarmament, Demobilization, and Reintegration of Former Combats in Colombia.* Humans Rights Quarterly 31, l (2009): 1-34. https://doi.org/10.1353/hrq.0.0053
- Thorton, Pip. *Diary of a plastic soldier (extracts).* Critical Military Studies 2, 1-2 (2016): 137-138. https://doi.org/10.1080/23337486.2016.1159379
- Traverso, Enzo. *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política.* Madrid: Marcial Pons, 2007.
- Vanegas, Carolina. *Disputas monumentales. Escultura y política en el centenario de la independencia (Bogotá 1910).* Bogotá: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2019. https://idpc.gov.co/publicaciones/producto/disputas-monumentales-escultura-y-politica-en-el-centenario-de-la-independencia-bogota-1910/
- Vega, Renán. "La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado". En *Conflicto social y rebelión armada en Colombia*. Ensayos Críticos. Bogotá: Gentes del Común, 2015.
- Viveros, Mara. *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Viveros, Mara y Marta Zambrano. "La diferencia: un concepto problemático para la antropología y el feminismo". En *El género: una categoría útil para las ciencias sociales*, editado por Luz Arango y Mara Viveros, 143-170. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.
- Viveros, Mara. G*énero, raza y nación. Los réditos políticos de la masculinidad blanca en Colombia.* Maguaré 21, 1 (2013): 71-104. https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/74545/43144-200051-1-PB.pdf
- Viveros, Mara. *La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación.* Debate Feminista 52 (2016): 1-17. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/80372

- Viveros, Mara. *El Oxímoron de las clases medias negras. Movilidad social e interseccionalidad en Colombia.* Alemania: Bielefeld University Press, 2021a. http://www.calas.lat/en/publicaciones/afrontar-las-crisis/mara-viveros-vigoya-el-ox%C3%ADmoron-de-las-clases-medias-negras
- Viveros, Mara. "Hombres y masculinidades en los estudios feministas". En *mis notas sobre el seminario de hombres y masculinidades*, por Adrián M. Amado. Bogotá: 2021b.
- White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica.* Barcelona: Paidós, 1992.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.
- Wright, Olin. *Comprender la clase. Hacia un planteamiento analítico integrado.* New Left Review 60, (2010): 98-112. https://newleftreview.es/issues/60/articles/erik-olin-wright-comprender-la-clase.pdf
- Young, Iris. *The Logic of Masculinist Protection: Reflections on the Current Security State*. Journal of Women in Culture and Society 29, 1 (2003): 1-25. https://doi.org/10.1086/375708
- Zambrano, Marta y Cristóbal Gnecco. "El pasado como política de la historia". En *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*, editado por Marta Zambrano y Cristóbal Gnecco, 11-22. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Universidad del Cauca, 2000. https://www.researchgate.net/publication/301651735_Introduccion_El_pasado_como_politica_de_la_historia
- Zambrano, Marta. *Trabajadores, villanos y amantes: encuentro entre indígenas y españoles en la ciudad letrada. Santa Fe de Bogotá (1550-1650).* Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2008. https://publicaciones.icanh.gov.co/index.php/picanh/catalog/book/169
- Zambrano, Marta y Margarita Durán. *El efecto espejo: sexo, género y cuidado en las trayectorias profesionales y las jerarquías morales y laborales de la antropología en Colombia*. Revista Colombiana de Sociología 40, 2 (2017): 87-106. https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/66386/61005
- Zambrano, Marta y Margarita Durán. *Devenires laborales, historia reciente y jerarquías de género en la antropología profesional en Colombia.* Feminismos 8, 3

(2020): 51-74.
https://periodicos.ufba.br/index.php/feminismos/article/view/42564/24547

Páginas web

- Abbott, Philip. *The intractable Conflict: why Colombia's war against the FARC eludes resolution.* Small Wars Journal, 16 de noviembre de 2014, acceso 22 de enero de 2024. https://smallwarsjournal.com/jrnl/art/the-intractable-conflict-why-colombia%E2%80%99s-war-against-the-farc-eludes-resolution
- Alcaldía de Medellín. Comuna 6: Doce de Octubre, ficha de caracterización. Acceso el 3 de diciembre de 2023. Comuna 6: Doce de Octubre
- Armada Nacional. *Nuestra Infantería de Marina. Historia.* Consultado el 27 de noviembre de 2023. https://www.armada.mil.co/es/content/historia-5
- Paéz, César. *Las drogas en Colombia, un problema que va mucho más allá de la seguridad.* Universidad Externado de Colombia, 19 de abril de 2021, acceso el 13 de noviembre de 2023. https://coordenadas-mundiales.uexternado.edu.co/las-drogas-en-colombia-un-problema-que-va-mucho-mas-alla-de-la-seguridad/
- Patiño, Enrique. *Miss Universo se enamoró en Colombia*. El Tiempo, 1 de junio de 2005, acceso el 5 de noviembre de 2023. https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1672817
- Torres, J.S. *Memoria y monumentos en la celebración del centenario.* Archivo de Bogotá, diciembre de 2018, acceso el 30 de noviembre de 2023. https://archivobogota.secretariageneral.gov.co/noticias/memoria-y-monumentos-la-celebracion-del-centenario
- Universidad Nacional de Colombia. *En Medellín, el Centro e Industriales son las zonas con mayor concentración de CO2 fósil.* Medellín, 3 de enero de 2023, acceso noviembre 29 de 2023. https://medellin.unal.edu.co/noticias/4880-en-medellin-el-centro-e-industriales-son-las-zonas-con-mayor-concentracion-de-co2-fosil.html